

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

La barranca y el río

Abel Rodríguez



ES



Al cumplirse seis siglos exactos de la muerte de Dante Alighieri, las autoridades del teatro El Círculo de Rosario encargaron al joven escultor Erminio Blotta, italiano de origen, un busto en mármol del poeta para ser emplazado en el rosedal del Parque Independencia. Blotta utilizó como modelo a un amigo escritor con el cual formaba, junto a César Caggiano, el grupo de arte «El Clan». Desde aquel entonces, el Dante que hoy se encuentra en el bulevar Oroño de Rosario no es otro que **Abel Rodríguez (1893-1961)**.

Rodríguez militó en el anarco-sindicalismo y frecuentó el Café Social, punto de reunión de la intelectualidad socialista y libertaria rosarina. Fue redactor de *Tribuna Obrera* y de la revista *Bohemia*. Con el correr del tiempo, el rasgo social de su escritura terminó por vincularlo al grupo de Boedo. En 1929 la Editorial Claridad publicó una antología de jóvenes narradores titulada *Cuentistas Argentinos de Hoy*. Rodríguez aparecía entre las nuevas caras nacionales junto a Roberto Arlt, Leónidas Barletta, Elías Castelnuovo, Eduardo Mallea, Roberto Mariani, Salvadora Medina Onrubia, Álvaro Yunque y Raúl Scalabrini Ortiz.

Su primer libro, *Las bestias*, se publicó por Editorial Claridad en 1930. Catorce años más tarde llegó *La barranca y el río*, el segundo y último de su carrera. La costa rosarina, los trabajadores del puerto, los linyeras, los marineros y los pescadores son sus protagonistas. La edición esta vez corrió por cuenta del Círculo de la Prensa de Rosario al que Abel Rodríguez, cuyo nombre de pila real era Avelino, pertenecía por su labor como periodista en el diario *La Capital*. Más tarde abandonó la ciudad. Vivió un tiempo en Montevideo y finalmente recaló en Buenos Aires.



La presente edición electrónica de *La barranca y el río* se basa en la primera edición del libro, publicado en Rosario por el Círculo de la Prensa de Rosario en 1944. En la misma, los relatos aparecían ilustrados con grabados de Ricardo Warecki y Minturn Zerba. La ilustración de tapa pertenece al primero.

A los fines de optimizar la fluidez de lectura, se decidió modernizar la acentuación ya en desuso de ciertos monosílabos y normalizarla allí donde aparece de forma irregular. Mientras que la puntuación, incluso en los casos más caprichosos y arbitrarios, se respetó siguiendo el original. Por último, se corrigieron las erratas evidentes.

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

La barranca y el río

Abel Rodríguez

A Florence Lylian

PRÓLOGO

Quizás porque sabe que me ligan a Rosario y a sus hijos viejos afectos, y porque ambos fuimos amigos de Domingo Fontanarrosa, talentoso y malogrado poeta bohemio, ha querido el autor de este libro, buen amigo también, que yo uniese mi nombre al suyo, prologándolo.

Esta es leve y agradable tarea cuando, como en los cuentos de La barraca y el río, en el libro descubrimos a un creador cuyo perfil el prologuista no necesita dibujar adivinándolo con los ojos de la esperanza.

Porque Abel Rodríguez ya es un talento maduro. Él no quiere recordar el primer puñadito de cuentos que le editó «Claridad»; inequívoca prueba de que, cualquiera que sea el valor de aquellos, acaso por él tasado con severidad excesiva, ha llegado a ese punto en que el narrador ya tiene la conciencia clara de las dificultades de su arte, de sus límites y posibilidades.

Haber llegado consiste en sentirse dueño de las propias ficciones, en ser uno capaz de darles vida artística según su albedrío, plasmando con mano segura los seres imaginados o descubiertos por la observación; en no ser uno esclavo de las palabras que, aunque suenen, poco o nada significan, sino diestro señor de todo recurso expresivo.

A estos cuentos de ahora los hace ante todo personales, aparte de la prosa firme y cortante, la desenvoltura con que el autor suele llegar al asunto como jugando.

El procedimiento no será el de los narradores clásicos; pero tiene fuerza sugestiva. A la manera del turista que anda por calles y caminos provisto de su «Kodak», a la caza de imágenes, Abel Rodríguez, cronista vagabundo, va enfocando con sus ojos escrutadores, rostros y cosas, en busca de historias, conjeturándolas sobre la menor impresión, una mirada o un gesto, reconstruyéndolas como se jactaba Cuvier de hacerlo con los fósiles, en dándole un solo hueso. Ejemplo característico de tal procedimiento es el cuento titulado «La Barca», a cuya acción macabra, poeniana, llega el autor como término de dicho vagabundeo psicológico. Una barcaza carcomida embicada en la arena... un marinero lento y taciturno... una mujer caída quién sabe de dónde y hasta dónde... una

historia de celos y de sangre...: tal es la materia. Y concluye el autor: «Un objeto inútil, vacío, muerto, ha proporcionado a mi alma la historia que en vano les pedí a los hombres».

Tiene además Abel Rodríguez una filosofía propia, que da inconfundible color a todos sus relatos. La vida para él es tragedia. Tragedia de dolor y de incompreensión. Los personajes de sus cuentos son siempre resaca humana; sin embargo, esas almas opacas nos descubren, a la luz de la mirada del observador, recatados jardines, donde florecen hechiceras ilusiones, o bien profundas simas, donde se enmarañan pasiones sombrías y anidan ponzoñosos reptiles.

Posiblemente mi amigo no habrá leído el ensayo de William James titulado: «Una singular ceguera de los seres humanos»; pero sin necesidad de aleccionarse con las razones del amable filósofo, a él la experiencia le ha curado de esa ceguera. James protestaba contra la estupidez y la injusticia de nuestras opiniones en cuanto se refieren al significado de la vida de los demás; en estos cuentos no se incurre en tal error psicológico. Como en aquel otro hermoso ensayo de Roberto Luis Stevenson, «Los portadores de linternas», que trata de ese mismo error, cada personaje de los cuentos de que me ocupó es un mundo, si vacío para los demás, no por eso menos poblado. Protesta Stevenson contra la falta de realidad de los libros realistas. «En ninguno de ellos encontramos la obra irisada de la fantasía que viste lo que está desnudo y parece ennoblecer lo más bajo» —dice el admirable ensayista.

Eso es lo que hace Abel Rodríguez: irisar con burbujas de poesía el barro en que están enterrados los personajes de sus cuentos.

El barro... Algunos de sus tipos él los ha extraído de las orillas y las aguas turbias del Paraná, en cuya contemplación parece haberse embebido largas horas muertas, contemplando deslizarse las embarcaciones río abajo, «tumbado, como el niño de “El hombre que leía a Kant”, en la cima de las barrancas o sentado en el muelle, golpeando el vacío con la punta de los pies».

Son vencidos, vagabundos, extraviados, ex hombres. Si bien en toda nuestra literatura de la derrota física y moral se advierte el imponderable influjo de Gorki, los vencidos de este libro pocas veces lo son porque la máquina social los haya triturado. Antes son víctimas de sus pasiones, de su abulia, de la lujuria, en una palabra, del barro de que estamos amasados, a veces de la misma naturaleza que aprisiona a los hombres como tela de araña.

Él ha adivinado su secreto o se lo ha figurado, y de sus adivinaciones o ficciones han nacidos estos relatos, hijos de una fantasía a la vez humorística y macabra. La mayoría son historias crueles, porque ya dijimos que así es la vida, dura y cruel; no lo es, sin embargo, el espíritu del autor. Cosa frecuente en los pesimistas, que lo son tal vez porque los incomprensibles giros del universo no responden a los anhelos de su corazón, él no puede ocultar la vena de bondad y ternura que aflora en su libro a trechos, envestida en piedad hacia los hombres y

en emoción lírica ante la naturaleza. Pero piedad disimulada bajo cierto pudoroso escepticismo, y emoción contenida, viril, que sin efundirse en largas descripciones brota fugazmente en comparaciones e imágenes intensas y evocadoras.

Abel Rodríguez escribe versos. Los que de él conozco son amargos como su visión de la vida. Sombríamente lírico es también este pequeño libro de narraciones. El lector a quien estas le pareciesen de un solo color, ciertamente no de rosa, encontrará al final, en la bella serie de los «Tres cuentos distintos» en el titulado «Pérez, anarquista revolucionario», una historieta de carácter muy diverso, un pintoresco retrato del natural, sabroso de travesura y humorismo, que al mostrarnos un nuevo aspecto de su ingenio, nos confirma en el juicio de que hay en él un narrador muy bien dotado a quien solamente faltó hasta ahora la confianza en sí mismo y acaso mayores estímulos del ambiente.

Roberto F. Giusti

EL PESCADOR Y EL CUENTISTA

Aquellas manos estaban ceñidas a la caña. Sobre la superficie del río bailoteaba el corcho, y el hombre esperaba, mientras su pensamiento iba de un lado para otro. Las manos, sus manos llenas de venas sobresalientes, no le decían nada. Sin embargo, recuerda que una vez estuvieron a punto de cerrarse en una garganta estremecida por los sollozos. Los dedos se paralizaron en el preciso instante en que la cabeza cayó vencida y las pupilas se llenaban de sombras de muerte.

La técnica del cuento exige que empiece a narrar cómo sucedió aquello, pero es un hecho que de pronto supuse que pudo haber ocurrido, y aunque en realidad hubiese sido así, no sería más que un episodio sin colorido, del que no vale la pena ocuparse.

Este hombre está aquí, sencillamente, porque ha sentido el deseo de venir a pescar. Es seguro que no lo hace por necesidad, ni tampoco por placer. Está aquí como podía estar en su casa, espantando el ocio a fuerza de bostezos, o en un boliche, manoseando los naipes, o enronqueciéndose a gritos en un partido de fútbol. Esto es lo más natural, y puede aceptarlo cualquiera; pero yo, en mi carácter de cuentista, tengo el deber de darles a los hombres y a las cosas un sentido distinto del que les da el común de la gente. Y ahora pienso, como corresponde también a los de mi oficio: un hombre ¿va a estar sentado horas y horas sobre la arena húmeda, recibiendo en el rostro ráfagas de viento frío, únicamente por pescar una mojarrita? ¡Vamos, es preciso ser muy ingenuo para creer una cosa así! Ahora me doy cuenta; este pobre diablo es un poeta.

No, no; si empiezo así resultará una cosa chirle, vulgar y sin sentido. Además, cometí la tontería de no poner un libro de poemas entre sus trebejos de pescar. Creo, sin embargo, que es tan grande la tragedia de este hombre, que se denuncia en los menores detalles. Por ejemplo, en estos momentos cruza un vapor. Lo sigo con la vista, y de inmediato me veo a bordo, transformado en un marinero joven, rudo y fuerte. Devoro todos los guisados espesos y grasientos sin importármeme del estómago, y duermo en la sentina húmeda, sin considerar lo saludable que es la higiene ¡Qué vida magnífica! Aire, libertad y un panorama constantemente renovado. Todo el mundo es mío, y la lejanía

incierto arrebatada la nave, como la realidad arrebatada mis sueños. Pero este tipo ni siquiera ha mirado el barco. Habría sido lo mismo para él que hubiese cruzado una lata vacía, dando tumbos entre las olas. ¿Se me negará ahora que hay algo más que un corcho bailarín sobre la superficie del río y una famélica mojarrita acechando bajo el agua? Lo voy a someter a una prueba. Mi deber de literato es investigar, meterme en el alma humana, saber qué es lo que le pasa al hombre. Tengo la manía de no situarme frente a las pupilas, sino detrás de las pupilas que miran. Y no solo trato de andar en el interior del prójimo, sino de mí mismo. Una vez, en la escuela, para saber hasta qué punto era capaz de tener valor y qué aguante tendría para el castigo, le tiré de la nariz al maestro, y en seguida me desmayé. Desde entonces se me creó un complejo dramático, porque cada vez que un hombre me habla con cierta gravedad, pienso: ¿Y si le tirara de la nariz? Y tengo que realizar inauditos esfuerzos para no hacerlo. Hasta me llevo las manos a los bolsillos, apretando los puños. Otra vez —era ya un adolescente—, conocía una mujer muy austera. Podía tener poco más o menos cuarenta años. Delante de mí, como de otras personas demostraba un recato excesivo, para que no creyeran que se insinuaba o para que no la tomaran por lo que no era. Incurría en cosas como esta: cuando tomaba el mate, si por casualidad le apretaba a uno los dedos, exclamaba sobresaltada: «¡Perdón!». Bueno, me propuse hacer una experiencia. Un día le hice el amor. Aquello fue terrible, porque me aceptó, y también me hizo pasar las de Caín. Desde entonces he sentido un poco de terror por las mujeres...

Pero no se trata de mí, sino de ese hombre que pesca. Mi oficio me impone la obligación de saber qué se esconde detrás de esa frente al parecer grávida de sombríos pensamientos. Podría entrar en conversación con él, preguntándole de la manera más natural: «¿Pica?». Rechazo esta idea horrorosa, porque con preguntas semejantes empiezan, por lo común, los escritores que quieren contarnos algo para no decirnos nada. Quiero más bien desconcertarlo, que no tenga tiempo de esconderse, que en un momento me abra las puertas de su alma. Y si le preguntase de pronto: «¿Cuándo salió en libertad?». Esto sería realmente maravilloso. El hombre me miraría con los ojos bien abiertos. En un instante se asomaría a ellos todo el horror de su vida. Pero también... ¿Por qué he de empeñarme en que este pobre diablo sea un asesino? ¿Y por qué, necesariamente, tendrá que ser un pobre diablo? Se me ocurre cada cosa...

Sin ir más lejos, el otro día, mientras viajaba en un ómnibus, supuse que todos los pasajeros eran amigos míos, desaparecidos hacía años. En un asiento iba una mujer muerta trágicamente. De pie, un amigo querido que murió en mis brazos. Más allá, un compañero de trabajo que tuvo una agonía terrible a causa de un cáncer del pulmón causado por el tabaco. Este era un rico tipo. Una vez me dijo muy seriamente que estuvo a punto de suicidarse. No lo hizo, porque ya muerto no iba a poder sentir el inmenso placer que le proporcionaba un ciga-

rillo. Y todos eran familiares o conocidos que al pasar por la vida dejaron en mi alma algún recuerdo. Hasta el mismo guarda no era el guarda, sino un viejo vecino del barrio, que solía hacer en mi casa algunos pequeños trabajos. Recuerdo que cuando yo le preguntaba cuánto cobraba por su tarea, invariablemente, me respondía: —Vea; con que me dé para almorzar... —Y agregaba—: Dos litros de vino: sesenta centavos. Un pan: diez. Diez de salame. Y otros dos litros de vino para la noche. Sí, justo. Uno cuarenta. —Murió quemado por el alcohol.

¿Pero es sensato que haga este pacífico viaje del centro hasta mi casa con una carga de cadáveres? Y lo terrible es que entré en mi hogar con esa terrorífica procesión fúnebre. Verdaderamente, no comprendo cómo mi mujer y mis hijos no salieron a la calle dando gritos. Y eso que algunos muertos, quizás los más queridos, se quedaron un buen rato y anduvieron por la cocina, por el dormitorio; hurgaron en la biblioteca y qué sé yo cuántas cosas hicieron.

¡Ah!, pero las cosas cambian de aspecto... Una mujer se acerca al pescador. El sol de la tarde —no recuerdo si fue en la mañana o en la tarde cuando vi al pescador— pone un halo tembloroso y dorado en su cabellera. El viento le ciñe el vestido y perfila su cuerpo. Su brazo se vuelca como un ala en el hombro del pescador. Ella tiene un acento extraño y distante. También mira extrañamente, desde adentro, como si tratase de recordar algo. Él se sobrecoge. Desvía la atención del corcho y contempla las islas lejanas. Observo que su cabeza, llena de presentimientos, se dobla en el brazo de la mujer. Y cuando la llegada de la noche empieza a echar sombras en la ribera, hay un hombre frío prendido en la caña, un hombre que no hace caso del corcho, del que inútilmente tironea una mojarrita prendida en el anzuelo.

Contra la costumbre, contra la costumbre del buen literato, debo decir honestamente que el pescador sigue allí, en espera de que su corcho se sumerja, como si nada hubiese ocurrido. También debo confesar que yo ahora camino por la orilla del río, sintiendo su queja eterna. Nada más que para esto sirve un cuentista...

LOS OJOS QUE NO MIRAN

Bueno; ahora teníamos una canoa. Teníamos también este río Paraná, de corriente ligera; esas islas eternamente verdes y aquel cielo azul que se doblaba sobre la copa de los árboles. Embicar la quilla en la playa gredosa del Charigüé o en la de Castellanos, e internarse luego, tierra adentro, abriéndose paso entre las ramas retorcidas, es una emoción que penetra en el alma lenta y profundamente. Conocemos los riachos pequeños y tortuosos, que a veces salvamos de un brinco. Sabemos que más allá, casi en el centro de la isla, hay un brazo profundo en cuyo fondo se arrastra el pacú negro, hinchado de grasa y de barro, y que sus aguas llevan cardumes de amarillitos y sábalos para depositarlos en las anchas aguas del río; no nos son desconocidos, tampoco, los lugares donde penden los bolsones del camoatí y sabemos, además, extraer la miel sin correr mayores riesgos.

Aquí todo nos parece simple y claro. Las mañanas son hermosas y las noches igualmente bellas. Podemos ir de una a otra isla, sin fatigas, con el pensamiento saltarín y ligero, igual que estas aguas que juegan junto a las bandas del bote. Si se nos antoja, dejamos que la embarcación se gobierne como quiera, mientras permanecemos recostados, blando el cuerpo y más blando el espíritu. Al atracar, casi siempre nos encaminamos por el mismo sendero, seguidos por unos perros de pelambre sucia, que nos olfatean el ruedo de los pantalones, y nos vamos hasta un rancho. Allí charlamos con un criollo que se maneja con un puñadito de palabras. Todo aquello nos era tan conocido, tan familiar, como la cocina de nuestra casa. Podíamos señalar punto por punto. Sin embargo, era raro el día que no atravesáramos el canal, rumbo a las islas, donde, invariablemente, nos ocurría una serie de pequeños sucesos. Una vez, por poco nos pica una víbora; el ofidio cruzó el sendero, desarticulándose, y penetró entre la maraña de los camalotes. Ni tan siquiera llevábamos el remo para aplastarle la cabeza. Cuando le contamos el caso al criollo, este, sin poner la menor intención en sus palabras, dijo reflexivamente:

—Culebra a lo mejor...

Era un hombre alto y bien plantado. Hablaba como si el sonido de su voz le

produjera fastidio. Creemos que había nacido en las islas. Hacía de todo y estaba en todo. Cuidaba hacienda de invernada; cortaba troncos de sauces que solía vender a buen precio; pescaba, cazaba pájaros raros y emparvaba paja brava. Recordamos que alguien, cierta vez, se propuso levantar en el centro de «La invernada» un establecimiento para fabricar ladrillos de prensa. Se trazaron los planos. Se iniciaron las obras. En torno de la fábrica se levantaron los andamios para construir varias casitas destinadas al personal. A una cuadra de la costa se hizo una sólida defensa para desviar la corriente. Cuando el criollo se acercó para curiosar, el ingeniero le ofreció trabajo. Entonces él alzó los hombros diciendo:

—¿Pa qué? Todo inútil... Esta isla camina mucho, amigo...

—¿Pero no ha visto las defensas? —observó el ingeniero.

—No sirven —repuso—. El agua allí es más dentradora que flecha de indio.

Y no dio más explicaciones. A los dos años justo el río se había almorzado las defensas. Y meses después la fábrica y las casas no eran más que un montón de ruinas por donde se filtraba el agua y anidaban las víboras.

Otra vez encontramos un fragmento de carta. El agua había extendido la tinta. Las palabras estaban borrosas, pero pudimos leer algunas frases dispersas. «Este cariño», «...e mata», «No comprendes, cora...», «...tú y...». Y se había salvado esta frase entera: «Llenaré de lacres rojos tu cuerpo adorable». Las olas habían traído el papel desde allá, de donde se dobla la barranca y empieza la ciudad. Saltamos al bote. Esas palabras, mojadas por el río como un pañuelo por las lágrimas, dibujaron en nuestras pupilas la imagen lejana y borrosa de una cabellera rubia, y el viento puso en el hueco de nuestras manos el calor de una cintura fina y lánguida. Acunados por el ensueño, bajo el cielo azul, tuvimos la sensación de la eterna juventud, y eternamente hubiéramos permanecido así, a no ser por un cimbrón de la línea, en cuyo extremo, bien amarrado por el anzuelo, el surubí daba saltos prodigiosos a ras del agua. Estos gigantes del Paraná no se entregan así como así. Pelean bravamente. Y si no se les diera ventaja para que disparen y se cansen más pronto, el bote arrastrado por ellos podría correr vertiginosamente; pero al poco rato, vencido, jadea en el fondo de la embarcación y sus postreros arrestos no son más que unos violentos chicotazos dados con la cola.

De regreso de la pesca, advertimos las hojas de un diario que el viento ha encajado entre los espinillos. Tiramos de ellas y nos quedamos en las manos con un pedazo de papel amarillento. Leemos al azar: «Diez rehenes han sido fusilados por la muerte de un soldado alemán». Por un momento permanecemos en suspenso, tratando de reconstruir el drama. Nos damos cuenta luego de que la noticia no nos conmueve y que solo nos ha rozado la epidermis. Ausentes y lejanos, nos sentimos como estos árboles, que bien prendidos a la tierra, se esfuerzan por sobresalir de la maraña y llevar las ramas hacia lo alto, para absorber

toda la luz. Apenas si nos pasó fugazmente el pensamiento de Valéry: «Contra mayor rigor, mayor libertad». Eso fue todo. Estábamos aprisionados por la luz dorada y cálida. Nuestras cadenas eran estos círculos luminosos, que reverberan por millones en las islas, y cuando nos enredamos entre las sombras, pronto salimos de la densa espesura de la maleza. Ahora, si acaso nos agachamos, es para evitar que las ramas nos arañen la frente. En el fondo del bote hemos dejado el fragmento de lo que fue una carta apasionada. Quizás sea el testimonio de un corazón que sangra, retorcido por los caprichos de una histérica. Pensamos que sería bueno traerla aquí, desnudarla y exponerla al aire hasta que los rayos del sol le llenen la piel de manchas rojas, como los lacres rojos que le dejaban en el cuerpo los labios afiebrados de su amante. Pero aquellos diez rehenes tendrán cada uno diez agujeros en el corazón y una venda de tinieblas en los ojos. No podrán jamás —jamás, ¡qué terrible debe ser esto!— sentirse presos entre los círculos de esta luz que amamos tanto. Nos conmueve una ternura dulce e infantil al saber que el pulso en nuestras venas sigue latiendo isócronamente. Pero al mirar nuestras manos agrietadas y sucias, sentimos un estremecimiento. Por ellas todavía —¿todavía?— circula la sangre, y siendo así, ¿de qué infamia no serían capaces? Sin duda, el índice, no una, sino mil veces, podría doblarse sobre el gatillo, y a la distancia, bien lejos, sin que nos salpique la sangre, diez pares de ojos sin luz quedarían fijos y bien abiertos hacia el infinito.

Alguien recuerda. Su pensamiento se desata, transpone los límites de la isla, se va más allá del río. Marcha grave y alto. Los rehenes acribillados por las balas abren un mundo distinto del que vivimos. Unos tras otros fluyen los recuerdos, anchos, profundos, igual al silencio que está echado sobre nosotros. Ahí nomás está el Paraná, tan cerca nuestro, y tan nuestro. Sin embargo, de pronto se transforma en una figura borrosa, desconocida. Y ahora estamos en una ciudad sitiada. Se pelea en los suburbios. El combate es duro y áspero. El odio y las balas apagan los gritos, y se muere y se mata con ferocidad. La resistencia se ablanda, cede, hasta que, por fin, al atardecer, cuando la llamarada de los cañones se confunde con el incendio del poniente, el ejército vencedor entra en la ciudad. Los soldados marchan erguidos, con las pupilas resplandecientes de alegría, levantado el ánimo por los acordes marciales de una marcha. La victoria había muerto en ellos al odio. Mas, el odio no estaba frío del todo, como los hombres que lo habían alimentado tanto tiempo y que quedaron allá, tras los vencedores, sucios de barro y de sangre. Continuaba peleando en la retaguardia, bloqueaba los flancos del enemigo, y era terriblemente devastador, porque andaba en libertad y no tenía a quien obedecer.

El ejército vencedor, satisfecho de su costosa victoria, trató de congraciarse con el enemigo. Oficiales y soldados se muestran generosos, amables, con los que se rindieron solo cuando no tenían armas para seguir peleando y cuando también les quedaba poca sangre que verter. Pero el odio acechaba frío y pene-

trante. Y un día, en los muros de la ciudad, aparece una extraña advertencia, escrita con carbón: «Es un enemigo de la patria el que mire al enemigo». Y desde ese instante, las pupilas únicamente miran al suelo. Hombres y mujeres cruzan las calles con los ojos entornados. Hablan sin verse. Los soldados invasores al principio observan el espectáculo entre risueños y sorprendidos, y cuando interrogan a alguien, advierten que los párpados se cierran aún más. Hasta los niños obedecen ciegamente la consigna. Hay represiones violentas. Los párpados se hinchan de lágrimas, pero no se alzan. El odio renace en los vencedores. Las pupilas abiertas miran con hondo rencor a esas otras dirigidas solo al pardo color de la tierra. Sienten rabia y vergüenza a la vez. Todas las noches ejecutan a varios hombres y mujeres. Abren a balazos los ojos que no se querían abrir. Hasta que, finalmente, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos, abandonan el pueblo. Entonces los párpados de los vencidos se alzan, y las pupilas resplandecen victoriosas y vengadoras sobre la hueste enemiga en retirada.

Y al volver a esta realidad nuestra, tan bella y tan libre, abrimos bien abiertas las pupilas, en un esfuerzo por adueñarnos de todo el paisaje, como si temiéramos perderlo.

LA BARCA

En este mismo instante necesito conocer una historia. Una historia cualquiera, para luego deformarla y dar calor a los vulgares episodios que se han ido sucediendo a lo largo de mi vida. Podría intervenir cualquier hombre con un poco de luz dentro del cráneo. El más pobre diablo que tuviese únicamente algo que contarme. Hasta ese vecino tranquilo que, invariablemente en la hora del crepúsculo, frente a su casa, arrastra su ocio y sus zapatillas. O aquel otro, dueño de una huerta pequeña como un pañuelo, que pasa las horas curvado, escarbando la tierra húmeda. Seguramente el alma más impenetrable y opaca esconde algo interesante. Una bella mentira o una terrible verdad. Sé bien que alguien que no fuese yo, en su interior, debe llevar un mundo. Pero si se me ocurriera formular la pregunta me mirarían asombrados y supondrían que ando con la razón a la deriva. Sé también que esas pupilas fijas un instante en las mías, tan solo un brevísimo instante, quizás alguna vez habrán visto la muerte o se habrán cerrado para sentir más profundamente la felicidad. Sin embargo, todos pasan a mi vera, en silencio. No sé por qué presiento que la mayoría se esfuerza para que no aflore lo grande o lo mezquino que reside en lo más hondo de las almas.

Hace apenas un momento, allí donde no había nadie, nadie más que el silencio, tenía suficientes elementos para contar una historia. Habría sido tan fácil sentarse frente a la máquina, golpear las teclas y dejar libre el pensamiento...

Entonces el misterio me mostraba sus entrañas desgarradas. Pude palpar el sufrimiento y la alegría. La vida y la muerte en un maridaje absurdo. Era tan fácil y tan profundamente conmovedor, al mismo tiempo, seguir la vida de un hombre, verlo caer y levantarse, reír y llorar, que no comprendo ahora lo insondable de esos rostros que han puesto un telón de amianto entre mi alma y la de ellos. Pero era demasiado dramático prolongar el silencio. En realidad; ¿quién soporta por mucho tiempo la aguda lanza del silencio? Me dijeron una vez de un preso —después he comprendido esto—, que solía conversar con las rejas que limitaban su libertad. A cada barrote lo había bautizado con un nombre querido u odiado y entablaba largos diálogos con los hierros, sobre cuya superficie oxidada, en las noches interminables, dejaba besos ardientes. Una tarde brumosa

se estranguló, utilizando la abertura que existía entre dos de «sus enemigos».

Cuentan también de otro preso que había logrado amaestrar a una araña. La llamaba con el nombre que tenía su antigua amante. Entre el animal y el hombre existía un contacto diario, íntimo. La araña no tenía más trabajo que el de bajar desde el techo por una fina hebra, hasta la mano del hombre, y una vez allí se alimentaba, mientras escuchaba palabras incomprensibles. El preso reeditaba en la celda la acción que había realizado durante su vida de libertad. La diferencia consistía en que antes fue una mujer y ahora, en cambio, era una araña. Para el ensueño del hombre esta era reluciente, hermosa, como aquella mujer, cuyo recuerdo le quemaba aún, y que había sido profundamente sugestiva y enloquecedoramente bella. Y de aquel animal repulsivo y egoísta, alimentándose en el hueco formado por la mano del hombre, se desprendía y se repinaba la imagen de un ser por siempre querido. Solo los que se han perdido una vez en la fecunda niebla de la soledad podrían comprender una pasión así. Y la pasión estaba tan acuñada en el alma del preso, que este volvió a matar, como mató antes por aquella mujer a quien amaba. Un guardián demasiado celoso de sus deberes, en circunstancias en que se imponía en la cárcel un severo silencio, sorprendió al preso hablando con la araña. Entró en la celda y mató al animal. Otra vez el hombre perdía lo que amaba. De nuevo se vio solo, más solo en la reducida pero inmensa soledad de su vida, y no vaciló en estrangular a su cancerbero.

Otro preso... Sí, mientras ando traigo recuerdos de la profundidad del silencio en que hace un instante he vivido. En la soledad se oían mil voces distintas. Imposible coordinarlas. Sin embargo, entre esta gente que va y viene sucede lo mismo. El drama persiste y el silencio también. Comprendo, ahora más que nunca, que no podría amar ni odiar tampoco a esos millares de ojos que me miran y que por un brevísimo segundo llevarán mi imagen a sus cerebros y allí la transformarán para olvidarla en seguida. Prefiero entonces revertirme al silencio. Prefiero esta calle solitaria, donde el césped se agarra entre las piedras. Y luego aquel sendero que cincha la barranca para, finalmente, tenderme bajo la sombra que proyecta esta barcaza, embicada en la arena quién sabe desde hace cuántos años.

El sol, el agua y el tiempo han carcomido la madera de la barca, que ahora muestra su costillar descarnado y parece el esqueleto de una ballena. ¿Qué hace aquí esta barca cuya proa se asoma al borde del río? Aquí, en este silencio tan limpio, otra vez me hostigan los recuerdos... Supe de una barca abandonada, refugio de vagabundos, que cansada de recibir los chicotazos de las olas y de que se enredasen en su quilla los lentos camalotes que pasaban a la deriva, aguas arriba, avivó en sus entrañas la pasión de los hombres, y una tarde no fue solo el agua la que humedeció el esqueleto podrido. Esa tarde la sangre humana, la sangre roja y caliente, se filtró por sus grietas. Pero es una historia que he contado hace muchos años, y ahora únicamente necesito saber por qué

esta embarcación ha venido a morir a la playa. Dejé el silencio, porque estaba cargado de recuerdos, y cuando estamos tan solo con nosotros mismos, los recuerdos son malos camaradas.

Lo único que se mantiene íntegro en la barca es el nombre. Próximas al remate de una de las bandas, resaltan las letras claramente. Desde el suelo puedo leerlas sin esfuerzo: «Golondrina». Pronuncio el nombre en voz alta y espaciando las sílabas. Pienso luego en quién habrá sido el dueño de esta ruina, y pienso también en qué rincón del mundo, si es que aún vive, esconde o arrastra su fracaso.

Debió ser un marinero, que muchas mañanas, mientras construía su embarcación, en la tregua del trabajo, estaría como yo estoy ahora, tendido en la arena, viendo el juego de las alas que hacían las golondrinas a ras del agua. Soñaba noche y día con su barca. No solo la veía grave, serena, balanceándose levemente sobre la superficie del río; también la contemplaba con la quilla recta ir apartando las olas que le echaban los vientos tempestuosos. Llevaba la barca, en imágenes distintas, estereotipada en su cerebro. Y hasta cuando alzaba los ojos al cielo, por el azul lejano del horizonte, la veía cruzar ligera y airosa. De ese anhelo y de esa contemplación surgió, sin duda, el nombre con que la bautizó. Eso sí; jamás la supuso como está ahora, hundida en la arena, muerta e inútil.

Ahora lo recuerdo bien. Se llamaba Pipo; evoco su figura nítidamente. Era un hombre rudo y lento. Tenía una sola preocupación: la de que su pipa no se apagara nunca; y un solo anhelo: ver por fin, a su barca, flotando sobre el río. Una mañana la zafó de las amarras y observó lleno de gozo como la quilla abría una brecha profunda en el agua. Cuando la vio a la distancia, se desilusionó un poco, porque le pareció más pequeña. Le hubiera gustado que llevase un mascarón en la proa. Pero ya a bordo se sintió feliz. Se paseaba por la cubierta y acariciaba las bandas con la misma ternura con que se acaricia el torso de un ser querido.

Desde entonces, todas las mañanas, Pipo hacía viajes a la isla, de donde regresaba a media tarde con su embarcación repleta de troncos y paja brava. Depositaba su carga en la ribera, y luego se tumbaba en la playa a fumar su pipa y a contemplar el cielo resplandeciente. Feliz como ningún hombre, su vida transcurría en la isla, en el río, en la barca. Sus paseos, cuando llegaba a tierra, se limitaban a andar un poco por la playa y cambiar un par de palabras con los pescadores. Sí, la vida de Pipo era feliz. Pero allá, en la isla, había víboras enredadas entre los camalotes, y también había una mujer.

El primer día que él la vio, tirando de una red, que luego arrastró repleta de pescados y depositó sobre la arena ardiente, le sorprendió su destreza y su decisión. Le pareció demasiado joven y le pareció también que, sin ser bella, tenía una sugestión de selva. Los trabajos que ella realizaban habían impreso en su rostro y en su cuerpo perfiles recios y vibrantes. La conversación entre Pipo y la mujer fue breve, como corresponde entre gente que tiene mucho que hacer.

Él supo que ella vivía con sus padres en el centro de la isla. Le dijo que había visitado la ciudad una sola vez, siendo muy pequeña. De ese paseo tenía un recuerdo deslumbrador que la desgarraba, sobre todo, durante la noche, cuando el silencio y la sombra se echaban sobre la isla, y se veía, a la distancia, la hilera de luces temblantes. Aunque ya nada tenían que decirse él quería seguir la conversación y le pregunto:

—¿Y no tiene miedo aquí, tan sola?

—¿Y de?... —respondió extrañada.

—Anda tanta gente mala...

—No tengo miedo de las víboras y voy a tener miedo a los hombres... —respondió ella desdeñosamente.

Se vieron un día y otro día. Una tarde la barca no regresó. Quedó amarrada allá, junto a la isla, al cuidado de los viejos. Pipó y ella hicieron la travesía en una canoa. Cuando llegaron a tierra, treparon la barranca y luego tomaron por una calle, rumbo a la ciudad.

Por algún tiempo, desde la ribera, podía verse la barca, arrimada a la isla. Pero una mañana llegó repleta de troncos y sobre estos una mujer sentada, que miraba con desconfianza a cuantos la contemplaban. Los peones, pescadores y otros hombres que merodeaban por la ribera dijeron simplemente: «La mujer de Pipó», mientras ella miraba ansiosamente la cima de la barranca que le ocultaba la calle por la cual se iba a la ciudad.

A los dos o tres viajes la mujer manifestó su deseo de volver a la ciudad. Pipó la acompañó. La acompañó muchas tardes. Pero luego prefirió su barca, su pipa y la contemplación silenciosa del río, y entonces ella fue sola por las calles. Volvía a la barca al anochecer. Traía los ojos brillantes y la boca sedienta. El hombre la observaba en silencio y sorbía del caño de su pipa; sorbía inútilmente porque estaba apagada. Llegada la noche, ella contemplaba las luces que brillaban en la distancia y él tenía la mirada fija en las sombras espesas que cubrían el río.

Una tarde de densa niebla, la gente de la ribera advirtió que la barca de Pipó iba a la deriva. Se dio la voz de alarma. Varios botes salieron a su encuentro. Al aproximarse, todos observaron con horror que el cadáver de Pipó, con una cuerda al cuello, golpeaba las bandas de la barca y parecía un mascarón de proa. Treparon a la embarcación, en cuyo fondo yacía el cuerpo de una mujer deformada por el veneno de las víboras, que se erguían agresivas ante la presencia de los hombres.

Ahora sé lo que ha ocurrido en el interior de esta barca y porqué está aquí, pudriéndose sobre la arena brillante, en lugar de mantenerse sobre las aguas, como quiso el hombre que la construyó. Vuelvo a leer su nombre. Tengo la sensación de oír los gritos desgarradores de la mujer acosada por las víboras, y también me parece que estuviese viendo a Pipó, allá arriba, con los ojos feroces,

agrandados por el odio, que miran, pero que ya están cargados con las tinieblas de la muerte.

Un objeto inútil, vacío, muerto, ha proporcionado a mi alma la historia que en vano les pedí a los hombres. Es posible que ahora, al volver otra vez al silencio, este ya no tenga nada que contarme.

EL HOMBRE QUE LEÍA A KANT

¿De qué se asombra si cualquiera puede hacer lo mismo? Usted, él, yo. Supongamos que usted tenga una casa, frente a la casa un jardín, y en el interior una familia que le teme o lo venera, le respeta o le ama. Cuando usted transpone los umbrales de lo que considera su casa, se siente otro hombre. El cambio se produce automáticamente, aunque usted no se lo proponga. Allí usted puede mandar, rogar. Y si se le ocurre, exige y grita. Nadie se asombrará, y es muy natural que suceda tal cosa. En sus dominios, dentro del pequeño sitio en que vive, y que tantos y tantos sacrificios supone para usted mantener, condiciona sus acciones, buenas o malas, a la naturaleza que hay en usted. Un día, sin embargo, puede quedarse sin esa casa. Un incendio... Un bombardeo desde el aire... Ya sé; no estamos en Londres, ni menos en Berlín; una objeción totalmente superficial de parte suya, porque podría ocurrirle algo peor. La vida del hombre, aun la del más pacífico, está llena de encrucijadas. Permítame, y le ruego me disculpe, porque no es más que una suposición. Por ejemplo, su mujer, en quien usted tenía la más absoluta confianza, le engaña de una manera infame. Es un suceso muy natural, que le suele ocurrir hasta al hombre más afortunado. Y así, de pronto, advierte que se derrumba lo que a usted le había costado años y años levantar. La catástrofe se produce dentro, en lo más hondo de su espíritu, y no sé hasta qué punto se hallaría en condiciones de soportarla, aunque usted fuese demasiado cínico o impudicamente sinvergüenza. Eso que usted llama aquí tan desdeñosamente moral burguesa pesa demasiado en la política doméstica. Después de la comprobación, se queda usted con el alma desierta. Con el alma más vacía y más blanca que una página en blanco. Por eso, hace apenas un instante, le decía que cualquiera puede hacer lo mismo. Claro, muchas veces el hecho de tomar una decisión que cambie el destino de una vida supone coraje, y no todos los hombres tienen coraje.

¿No le ha ocurrido pensar, cuando usted deambula por las calles o cuando se empacha de decir pavadas en el café, que el borracho sucio que lo roza o le pide una chirola pudo tener, ayer nomás, un porte exterior tan digno como el de cualquiera de los hombres para quienes usted reserva toda su considera-

ción? No, no pretendo hacer filosofía ni postulo de evangelista. Pero escuche. Le contaré algo personal, que quizás le haga reflexionar como entonces me hizo reflexionar a mí, sin encontrar una solución satisfactoria.

Hace mucho tiempo yo regresaba del Paraguay, a bordo de una de esas lentas y pesadas barcas que transportan naranjas. No había cumplido veinte años, tenía un buen estómago y me hallaba en condiciones de soportarlo todo. Cuando uno tiene esa edad, cuenta también con un corazón ligero y alegre, y para vivir contento le suele bastar un poco de aire fresco con que hinchar los pulmones. Satisfacía, por fin, un deseo que me había obcecado desde la infancia. Es cierto, ese viaje fue una aspiración de mi juventud. Ni las mujeres primero, ni el juego después, ni el anhelo de la muerte, finalmente, lograron abrir huellas tan profundas en mi alma. Siendo apenas un mocoso, se me ocurría pasar horas y horas tumbado en la cima de las barrancas, o sentado en el muelle, golpeando el vacío con la punta de los pies, únicamente por contemplar cómo se deslizaban, río abajo, las embarcaciones chatas, repletas de naranjas. La fila de barcas cruzando las aguas dejaba en mi retina la imagen de los lentos camellos del desierto, tan conocidos para mí por haberlos visto diariamente en las ilustraciones de los textos escolares. La verdad es que un día me encaré con el patrón de uno de los lanchones. Era un hombre gordo, cuyo vientre agresivo daba la impresión de que en cualquier momento haría saltar la camiseta que lo aprisionaba. Cuando le interrogué daba órdenes para la partida:

—¿Me lleva, don? —le propuse.

—¿Lo qué?...

—Si me lleva.

—¿Querés trabajo?

—Y... sí...

Y desde ese instante formé parte de la tripulación. Los hombres que manejaban la barca —en total éramos cinco— estaban en su elemento. Decían malas palabras, escupían donde querían, y no se pegaban porque dentro de la casa de uno, por lo general, los mayores gritan, pero no se pegan. Después de cumplir lo poco que tenía que hacer, trataba de embeberme en el paisaje. El cielo de un azul inalterable y profundo contrastaba violentamente con las aguas parduscas del Paraná y con las islas llenas de recovecos y de un verde monótono. De trecho en trecho, un rancho tumbado se adelantaba entre la maraña de árboles. Las barrancas ondulantes y ocres volvían a darme la sensación de una caravana de camellos, lo mismo que me ocurría con la fila de barcas cruzando el río.

Confieso que después de tres o cuatro horas aquella contemplación se transformó en algo molesto, pegajoso y, finalmente, todo el paisaje me pareció vacío e inconmensurablemente estúpido. Recuerdo que mucho tiempo después, al leer algunas magníficas narraciones acerca de la belleza del Paraná, me sentí avergonzado por mi falta de sensibilidad. ¿Cómo diablos yo no había sabido

entonces ver, ni menos saborear, la profunda emoción que se desprendía de aquella naturaleza de contenido tan hermoso? ¿Cómo no supe guardar y darle calor al recuerdo? Si ahora mismo la evocación es huidiza y difícil de narrar, es porque aquella vez ni tan siquiera sentí en mi alma el breve temblor que produce el cumplimiento de un deseo, y pronto me desinteresé del paisaje para pasar las horas hundido en la sentina oscura, perdiendo los centavos frente a un naipe y emborrachándome con caña fuerte.

En cambio, de regreso, ya cerca de Rosario, el paisaje me pareció sencillamente maravilloso. Desdoblaba mi personalidad y me veía de nuevo en la barranca, igual que cuando era chiquillo y pasaba las horas contemplando cómo la luz dorada del sol hacía más roja la pila de naranjas que transportaban las barcas.

Momentos antes de que atracáramos al muelle, uno de los hombres, revolviendo el cabo de amarre, gritó desde a bordo:

—¡Eh, salga de ahí!

Entonces advertí que sobre una espiga del malecón había un hombre sentado, si es que de aquella ruina viviente y deshilachada se podía decir que era un hombre. Observé que leía un libro, en cuyas hojas de vez en cuando hacía señales con un lápiz.

La voz de a bordo volvió a oírse:

—¡Eh, animal!... ¿Es sordo? ¿Sale o no sale?

El hombre dejó de leer y miró fijamente. Esa mirada quizás intimidó al marinero, que entonces se explicó:

—¡No ve que estorba!...

Sin mayor prisa el hombre se alejó unos pasos, arrastrando una bolsa. Picado por la curiosidad más que por recoger el cable que, momentos después, me arrojarían desde la barca, salté rápidamente a tierra y me aproximé al hombre y advertí que el libro que sostenía su mano temblorosa era una obra de Kant: «Crítica del juicio».

Yo en aquella época, exactamente lo mismo que ahora, no tenía ninguna cultura filosófica; pero a través de la infinidad de libros que había devorado en la adolescencia sabía bien, como sabe cualquier aprendiz de literato, que Kant era una de las altas cimas del pensamiento alemán. Aquel hombre, en ese sitio y leyendo a Kant, me sorprendió tanto como me hubiera sorprendido el nacimiento de una rosa en un desierto de arena. Además, ni por las ropas, que se deshacían de viejas y sucias, ni por el rostro, bestializado por el alcohol, se podía adivinar la suma de conocimientos que atesoraba. Había, eso sí, algo en él que me parecía extraño y fascinante. Luego he comprendido hasta qué punto las cosas exteriores influyen en nuestra alma, porque a no ser por aquella obra de Kant, para mí, como para cualquiera, él habría sido un pobre diablo más de los tantos que vienen al muelle a recoger las naranjas que caen al agua durante

la descarga. Fue el libro y no el hombre lo que me impulsó a acercarme a este desdichado. Y tan absorto estaba en la contemplación de la ruina viviente, que hasta había olvidado que debía recoger el cable, que viboreó varias veces cerca de mis pies. Un grito vino desde a bordo:

—¡Eh, babieca! Agarrá de una vez... ¡No me voy a pasar aquí revoleando toda la vida!

Amarré el cable y volví a bordo. Al poco rato empecé la descarga. Los trabajadores iban y venían. Salían de la embarcación, llevando sobre los hombros una canasta repleta de naranjas, luego volvían con el cesto vacío. Durante horas y horas la fila proseguía con el mismo ritmo. Ni una tregua. La maniobra tenía la monótona exactitud de un péndulo. Me daba la impresión de que los trabajadores no hacían ni un paso de más ni uno de menos.

Y mientras tanto, allá abajo, junto a las aguas, un enjambre de muchachos rotosos se disputaba las naranjas que caían desde la barca o desde la planchada, al paso de los peones. Eran los mismos muchachos que momentos antes habían estado encorvados sobre los vaciaderos de basuras, buscando objetos inútiles. Pero no bien empezó la descarga se les vio aparecer desde todos los rincones. Era igual que las moscas en torno de un plato de miel: se las espanta mil veces y mil veces vuelven, encarnizadas y agresivas. El marinero los corría de un lado para otro; ellos volvían, surgiendo de todos lados, tirando manotones desesperados hacia el agua para que no se les escapase el dorado fruto que se llevaba la corriente. Mas lo que me produjo una profunda pena, un doloroso desgarramiento en mi alma, sin saber por qué, fue «el hombre que leía a Kant», que también junto a los muchachos disputaba las naranjas. Le contemplaba correr de aquí para allá y sortear al marinero, arrastrando su pesada bolsa, los ojos codiciosos, agitado, convulso, con su mano mugrienta hecha garra, hundiéndola en el agua. Podía advertir claramente, por el movimiento de sus labios, que cada vez que fracasaba en su intento, decía un montón de malas palabras a la naranja que se iba rodando por la superficie del río.

Tenía necesidad de saber quién era. Muchos hombres pueden caer y vegetar en simas tan profundas. La vida es así —ahora recién lo sé—, dura y cruel. No hace literatura. Los cobardes se hunden y los valientes también. Muchos de aquellos en el cieno y muchos de estos en la cárcel. Pero un hombre que lee a Kant y que se atreve aún a escribir acotaciones a los pensamientos del filósofo debe haber tenido poderosas razones para dejarse caer de una manera tan absurda y tan trágica. ¿Deudas? ¿Juego? ¿Una mujer? ¿Quizás una necesidad orgánica? ¡Qué sé yo! Para saberlo habría que estar en su cuero, y ni así seguramente...

Resolví tomar contacto con él. El pretexto me fue fácil. Llené un tarro de naranjas y salté a tierra. Le llamé:

—Diga, don... señor...

—¿Qué quiere? —me repuso irritado, sin duda, porque lo molestaba en su tarea.

—Tome para usted. Y le mostré el tarro lleno de naranjas.

Se acercó despacio y abrió su bolsa. Antes de arrojar las naranjas miré ávidamente. La bolsa contenía libros. Intencionalmente demoré la operación y pude ver que había entre ellos obras de Spinoza, Marco Aurelio, Fichte, Hegel.

—¿Y esos libros? ¿Usted lee esos libros? —interrogué sorprendido.

Me miró un instante. Me pareció ver en sus pupilas como un relámpago de ternura y de odio a la vez. Finalmente, retorció la boca de la bolsa y contestó:

—¿Yo? No, no. Son papeles viejos para vender.

Se echó la bolsa sobre los hombros y se alejó. Eso había sido todo. Lo contemplé subir la cuesta penosamente. ¿Pero qué me podría decir ahora esa línea curvada de su espalda? Cuando volví a la barca comprendí que mi juventud había experimentado una dolorosa decepción y que en adelante no podría ya asombrarme de nada ni de nadie.

Finalizada la operación de descarga, de regreso al Paraguay, la barca se deslizaba lentamente por las aguas del Paraná. Las olas juegan con los rayos del sol y el río brilla con tal fuerza que hace cerrar los párpados. Al abrirlos, me parece que el cielo tuviese un azul más profundo. En mi retina, sin embargo, el paisaje no cuenta —el paisaje que en esta tarde dorada de otoño debe ser una maravilla—, porque ha quedado estereotipada en ella la espalda curva del hombre que leía a Kant y que nada supo decir de la vida a mi asombrada juventud.

MUNICIONES A BORDO

No, por más vuelta que se le dé al asunto y por más que se mire desde todos los costados, uno concluye por pensar que no se embica una embarcación por pura casualidad, sobre todo si es de poco calado y navega por el Paraguay o por el Paraná. Los viejos patrones conocen a estos ríos tan bien como el apellido que llevan. Saben qué proporciones tienen las traidoras lanzas de arena que punzan el costado del agua; dónde están los raigones ocultos que suelen abrir profundos rumbos en los barcos, y saben también que las barrancas se desmoronan desde las cimas, tirando su lastre de greda al fondo del río, para convertirse, una vez allí, en un barro grueso y pegajoso. Este barro es igual a una enorme ventosa: chupa todo lo que roza su superficie. Recuerdo que un viejo correntino, cuya cara tenía más tajos que arrugas y que gobernaba un carguero de formas abultadas, cada vez que se aproximaba a la isla advertía:

—Cuidado, muchachos, con las pirañas.

Las «pirañas», para él, era ese barro gredoso que se desprendía de las barrancas y se iba muy adentro, arrastrándose por el lecho del río. Por eso yo, y cualquiera, aunque este cualquiera no haya navegado más que en un bote, sabemos bien que cuando la quilla de un buque queda amarrada en el cieno, invariablemente alguien tiene la culpa. A veces es que el piloto se ha pasado la noche jugando, hartándose de cañas y de insultos, y luego ve todos los objetos desfigurados y turbios, como a través de una niebla. O si no es el maquinista, que lleva bailando en su cerebro la silueta elástica de una mujer que le ha hecho perder los estribos. Y al menor descuido ocurre algo imprevisto. Se siente una brusca sacudida, un crujido y ya está la quilla hundida hasta los diablos. Entonces el culpable mira el río con desprecio, escupe sobre las aguas, y solo se limita a decir:

—¡Tá bueno!

Aquella tarde, precisamente pensando en esas cosas, contemplaba desde el muelle de Villeta la parda silueta de aquel carguero desmantelado, cuya proa estaba como incrustada en la barranca argentina. Un principio elemental de lógica me hacía ver que el accidente no pudo producirse de manera natural.

En aquella parte, el río ancho y profundo se abría mordisqueando la selva y era imposible embicar. Los que gobernaban la embarcación, si es que la habían gobernado, debieron ser unos locos o unos bárbaros, porque para que el carguero se encajase ahí, necesariamente hubo que empujarlo con toda violencia, y hasta no se comprende por qué milagro no se hizo astillas. ¡La ocurrencia, también, de caer allí, donde solo hay una barranca roja y agresiva, árboles retorcidos, víboras, arañas, mosquitos, lepra y algo peor: hombres amarrados a la selva! Hombres que llegaron a la selva con el propósito de hacer fortuna: sacar madera, cosechar algodón, tabaco, caña dulce y terminaron por quedarse para realizar, finalmente, las cosas más absurdas. Jamás me olvidaré de aquel tipo que una tarde me decía, enseñándome las lianas prendidas a los troncos de los ibirapitáes:

—Mirá, aquí uno se queda enredado como esta porquería.

Este hombre era un ingeniero que llegó al Paraguay con la cabeza llena de proyectos. No se sabía de dónde había venido, ni tan siquiera si era argentino, porque cuando se le preguntaba acerca de su nacionalidad, invariablemente respondía:

—No tiene importancia.

Todos conocían su nombre, pero nadie el apellido, ni se habían encargado tampoco de averiguarlo. Se le decía simplemente don Jorge, y nada más. Al desembarcar en Villeta, contempló con desdén las calles estrechas, las casuchas escondidas entre la vegetación, la breve colina que se alzaba tras del pueblo, y dijo tan solo:

—¡Porquería!

Anunció en seguida que proyectaba abrir una enorme picada entre la maleza. Meter una lanza de agua en el corazón de la selva para atravesarla de una punta a la otra. Luego, por allí cruzarían las embarcaciones, arrancando a su paso todas las riquezas ocultas por la maraña. Cuando en los boliches, en las calles y hasta en el mismo muelle, describía en qué forma iba a realizar los trabajos, la gente lo miraba con un poco de admiración; pero luego empezó a cansarse de tanto oírlo. Entonces terminó por hablarles a los andrajosos «guaripoleros», que le escuchaban resignados, y se limitaban a decir:

—¡Pero, es loco el tipo ese!

Don Jorge, antes de iniciar sus grandes trabajos, se propuso instalar una «fábrica de arroz» en un viejo galpón. Lo limpió bien, le dio una mano de cal y colocó en el frontispicio un gran letrero. A los dos meses, el interior de la barraca era un verdadero nidal de víboras y arañas; pero todos la seguían llamando «la fábrica de don Jorge».

Bueno, don Jorge terminó por transformarse en tachero y destilaba caña en un viejo alambique que él mismo había construido. También solía internarse en el monte durante meses y meses, para regresar cargado de raíces de ibirapitáes

y carandáes, con las cuales fabricaba bastones, en cuyo mango dibujaba toscamente la cabeza de una víbora o de un sapo. Mientras duraba su permanencia en la selva, no bebía una sola gota de alcohol; mas cuando regresaba al pueblo, después de vender su mercancía a los pasajeros de los vapores que hacían escala en Villeta, se emborrachaba sin tregua y andaba rodando de boliche en boliche, como una cosa sucia e inútil.

Un día don Jorge, al anunciar que en uno de los vapores llegaría un hermano suyo, dijo simplemente:

—Hace mucho tiempo que no lo veo. Es muy creyente. Su boca no se abre sin pronunciar el nombre de Cristo.

Don Jorge acompañó a su hermano hasta la ciudad de Asunción y regresó a los tres meses, completamente transfigurado. Bajo el brazo traía un paquete de libros: eran biblias. Empezó por reunir a la gente de Villeta y predicarle el Evangelio. Hizo pública su resolución de no emborracharse más y anunció también que se proponía enseñar a la gente el sendero luminoso de Dios. Cuando dejaba a los hombres y se iba a la selva, buscaba los sitios más umbríos y permanecía orando durante horas, con las rodillas hundidas entre las hojas húmedas. Y si alguna víbora venenosa lo agredía, exclamaba:

—¡Hermana víbora! —Y destrozaba a garrotazos la cabeza del ofidio.

Aquella tarde, como otras tantas tardes, sentado en una esquina del muelle de Villeta, yo dejaba pasar las horas. El perfil vigoroso y ondulado de la costa argentina me sugestionaba, mientras el recuerdo lejano, el recuerdo de todo lo que había dejado allá, y que ahora adivinaba oculto tras la redondez del horizonte, producía en mi alma un indescriptible malestar.

Luego, andando por las calles del pueblo, la misma angustia me acosaba. Los hombres y las mujeres que encontraba al paso no me eran del todo extraños; pero advertía en ellos algo de distante, de impenetrable. El recuerdo, la angustia y, sobre todo, esa punzante incertidumbre de no saber cuándo podría salir y adonde iría me empujaron a uno de los boliches que se asomaba al borde de una calle tortuosa, junto a los muelles. Y fue allí donde supe, cuando menos esperaba, pormenores del carguero que muchas veces había visto apresado, allá en la barranca argentina.

Era un barco fletado por el Gobierno boliviano para llevar maquinarias a puerto Suárez. Pero en seguida se supo a todo lo largo del río Paraguay, que las bodegas estaban abarrotadas de cañones, pólvora, ametralladoras. En Corrientes, según es costumbre, subió a bordo el práctico paraguayo, que no necesitó mucho para darse cuenta de lo que pasaba, y no vaciló tampoco en embicar el carguero en la barranca.

Y desde hacía meses que la embarcación estaba aprisionada entre la tierra gredosa. A bordo del carguero varado, la vida podía tolerarse durante el día. Pero apenas llegaba la hora del crepúsculo, cuando las formas de la selva ad-

quieren tonalidades violentas y oscuras, los hombres sentían temor y aburrimiento. Los mosquitos, las víboras que se deslizaban desde las ramas que ya invadían el barco por la proa y, más que nada, ese aliento grueso y húmedo que se desprendía de la selva y se enroscaba en el alma de los hombres hacían insoportable las horas. Estos lanzaban entonces al agua un bote, que pronto se llenaba de marineros ingleses y griegos. Entre ellos, uno solo hablaba correctamente el castellano: un ecuatoriano bronceado, atlético y de gran vivacidad, que era quien se entendía con los vendedores de guaripola. A falta de dinero pagaban con pistolas, fusiles y hasta con ametralladoras que extraían de a bordo.

Era impresionante ver los grupos deambular por las calles de Villeta. En aquel ambiente tropical, las canciones de palabras extranjeras contrastaban violentamente con el paisaje. Las voces agudas se iban hacia lo alto, claras y alegres, mientras que las gruesas se arrastraban, ensanchando la noche. Con los primeros resplandores de la aurora, cuando la superficie del río se confundía con el cielo pálido del alba, el bote se alejaba hacia el carguero varado, dejando tras de sí una raya luminosa en el agua y unas canciones extrañas en el aire.

Don Jorge se propuso regenerar a la pandilla anárquica. Detuvo un día al ecuatoriano y le puso una mano en el hombro, diciéndole:

—Vos y tu gente deberían andar por otros caminos.

—¿Por cuáles?

—Por los de Cristo.

—¡Pavadas! —repuso el ecuatoriano. Y agregó—: Si tu Cristo se hubiera enredado como nosotros del lado argentino, a estas horas andaría con la túnica manchada de guaripola.

La desdeñosa actitud del ecuatoriano no desconcertó a don Jorge, quien, por el contrario, lejos de desistir de su propósito, esperaba a los tripulantes de la barca varada, para predicarles la doctrina del Salvador.

En el centro de la calle o entre la niebla gruesa que flotaba en el interior de los boliches, la voz de don Jorge solía elevarse por sobre la ensordecedora algarabía de los tripulantes ebrios:

—Cristo vino al mundo —clamaba— para enseñarnos el camino del bien. Ha muerto para redimirnos, y para suavizar el veneno de las víboras y el veneno de los hombres. Para contrarrestar el veneno de las víboras nos dio la inteligencia, y para el de los hombres, la dulzura de sus palabras; sus palabras que limpian y nos arrancan del fango de la tierra para conducirnos al reino de los cielos.

Y así, don Jorge, un día tras otro día, infatigablemente, iba por todas las calles de Villeta predicando el Verbo Divino. Pero nadie supo cómo sucedió aquello; cómo fue posible que sucediera. La voluntad de don Jorge se quebró como una rama seca y su alma se hundió en el cieno. Una noche de luna en que las casas blancas del pueblo parecían más blancas y en que se sentía también en todas las cosas la presencia de algo distante y divino, don Jorge, prendido

del brazo del ecuatoriano, se tambaleaba por las calles desiguales. Andaba y se detenía a los pocos metros. Porfiaban los dos por contarse una historia de su lejana juventud.

—¡Bah!, no tiene importancia, todo lo que he hecho hasta ahora... Aquella mujer... —tartajeaba don Jorge—. Aquella mujer...

—Sí... —respondía el ecuatoriano—. Igual que todas... como todas... Seguro, hermanito... Pero atiende, don Jorge. ¿Te acuerdas de Cristo? ¡Ese sí que era un hombre! Bueno; Cristo eras tú. Espérate, tú no, precisamente. —En su cerebro se enredaban las ideas—. No, no eras tú. Aquella mujer... Sí, ahora lo sé... ¡Era aquella mujer!

—Es cierto... —don Jorge vacilaba, el recuerdo frenaba sus palabras y ponía un temblor de angustia en sus pupilas—. Es cierto... Mirá, aquella mujer, ¿entendés?, una noche así, entró en mi alma... Así también entró Cristo. Tenía la misma ternura que él. Entonces era ella, sí... Pero decime. ¿Estarán ahí todavía? Sin embargo, recuerdo bien; una vez la quemé a ella y ahora lo estoy quemando él. ¡Terminaré de quemar a los dos! Pero para que eso ocurra necesito una tonelada de guaripola. Créeme hermano.

—¡Quémalos, don Jorge! Sí... nada de lo que se mete en el alma merece vivir. Si dejas que broten y echen raíces, los sentimientos terminarán por estrangularte.

Así, abrazados, porfiando unas veces, deteniéndose otras, pero siempre tambaleantes por los efectos del alcohol, don Jorge y el ecuatoriano llegaron al muelle, donde se embarcaron con la pandilla de marinos en dirección al carguero varado.

Ya próximo al término del viaje, el ecuatoriano preguntó:

—Di, don Jorge ¿y tus biblias?

—Aquí, me queda una aún —repuso este sombríamente, y luego de una breve pausa arrojó el libro al río, diciendo—: Para que las víboras y los sapos aprendan el Evangelio...

Y muchas otras madrugadas como aquella, don Jorge, dando traspiés, andaba con los marineros por las calles desiertas de Villeta. Todos borrachos, cantaban y blasfemaban. El rencor, que en algunos se había mantenido latente, surgía ahora de manera violenta y las riñas eran frecuentes. Y cuando se embarcaban para regresar al carguero, por milagro el bote no zozobraba.

Una tarde, una breve explosión, a la que luego siguieron otras más intensas, estremeció la selva. El carguero ardía por todas partes y parecía una enorme flor sangrante, alargando sus pétalos sobre la superficie del agua. Don Jorge volvía solo en el bote. Se había detenido en mitad del río, erguido en medio de la embarcación, abandonando los remos. El resplandor de las llamas y los rayos del sol dibujaban en torno de su figura una temblorosa aureola roja.

DESDE LO MÁS HONDO

La gruta era profunda y oscura. Estaba empotrada en el seno de la barranca, y vista desde el medio del río parecía la boca abierta de una enorme bestia. Junto a la gruta los restos de una barcaza mostraban su esqueleto podrido, que el lento trabajo de las aguas iba destruyendo. La cueva pertenecía a Zacarías y la embarcación abandonada a Gregorio, dos vagabundos que se odiaban cordialmente y que vivían de los restos que el oleaje depositaba en la ribera. A la entrada de la cueva Gregorio había puesto una tabla, sobre la cual, en burdos caracteres se podía leer:

«SEDUERMEPOR DIEZCENTAVOS»

Y Gregorio, a su vez, había clavado en el mástil quebrado de su vivienda un cartel escrito así:

«CON COBIJASEDU ERME DIEZCENTABOS»

Los vagabundos que rondaban errantes por esas barrancas, en invierno, preferían la gruta, porque era más abrigada; pero en verano, buscaban la panza hueca de la barca, llena de grietas, por donde el río hacía penetrar un fresco delicioso y arrullador.

Los marineros sin ocupación, los individuos salidos de la cárcel, los borrachos consuetudinarios y, en fin, toda esa gente que nada tenía que perder, y que merodeaba por la playa, encontraba un alojamiento adecuado en los dominios de Zacarías y Gregorio.

No bien cerraba la noche, por el sendero que corría al margen de la barranca, se los veía pasar marchando en dirección a los refugios. Cruzaban fugazmente, como si el aliento de la ciudad los empujase. Luego, junto a la orilla del río, formaban grupos, agujereando las sombras espesas con el fuego de sus cigarrillos. Las conversaciones eran furtivas y entrecortadas. De vez en cuando, una voz extraña y temblorosa se elevaba en la noche: era un ensayo tímido y bal-

buciente de canto. De algunos labios entreabiertos y trémulos por la emoción partía una serie de sonidos extrajeros, cuya tonada hacía recordar algo dulce y trágico, a la vez. Solo se oía por instantes el continuo chapoteo de las aguas, pegando contra la barca, y la voz de la canción, que se elevaba cada vez más clara y más fuerte, hasta que se quebraba bruscamente, herida por alguna estupidez. Entonces, del alma de aquellos hombres parecía salir algo incomprensible y siniestro, rudo y lleno de grietas, como las barrancas que los protegían.

Poco a poco, las conversaciones languidecían y en torno de los vagabundos se apretaba un silencio hosco, que a ratos rompía la carraspera de alguna garganta alcoholizada. El río parecía gemir a la vera de aquellos hombres; parecía suspirar como ellos o como ellos también maldecir...

Las olas traían en sus dorsos inquietos reflejos de estrella. Sombras agobiadas se deslizaban por el boquete de la gruta o escalaban las paredes combadas de la barca, bajo la mirada atenta de Zacarías y de Gregorio, que inspeccionaban severamente la entrada de sus «pensionistas», como ellos les decían a quienes buscaban refugio en la cueva o en la barcaza.

Tanto Zacarías como Gregorio, en más de una ocasión, habían tenido que intervenir en forma brutal, apaleando a los que escandalizaban. Entonces imponían su autoridad para arrancar a alguna pobre mujer caída accidentalmente entre aquellos salvajes. Y pegaban sin piedad; los garrotes caían con fuerza sobre el montón de hombres bestializados por la lujuria, y en medio de la revuelta las quejas y las imprecaciones llenaban toda la noche.

En esos momentos Zacarías y Gregorio confraternizaban. Pero, después que terminaban la tarea de «aplastar chinches», como ellos decían, se volvían a mirar con el mismo odio de siempre.

—¡Si no vengo pronto te revientan! —solía decir Gregorio.

—¡Bah! ¡Ese montón de basura no sirve ni para rascarme las canillas, mientras que a vos te están dejando sin dientes! —replicaba Zacarías en tono burlón.

—¿Lo qué? —gritaba el otro airadamente.

Pero las amenazas no se concretaban en hechos, y cada uno se retiraba a sus refugios, masticando insultos.

Zacarías era alto y flaco, pero musculoso. Al andar tenía la costumbre de agacharse en actitud de avizorar la lejanía.

Quizás este defecto le había quedado como recuerdo de su juventud, que transcurrió en parte entre los quebrachales del Chaco, y en parte, entre los esteros entrerrianos, tajando camalotes o esquivando el ataque de las víboras.

En cambio, Gregorio, bajo y morrudo, parecía construido de una sola pieza. Tenía una frente estrecha, con un par de cejas duras y combadas, que casi le ocultaban los ojos. Era un producto de la ciudad, con más delitos que años, y que sabía eludir astutamente la acción de la policía, las veces que esta se presentaba a pedirle cuentas.

La rivalidad entre ambos no tuvo origen en asuntos de negocios, pues con el alquiler de sus «hoteles» —así se les llamaba a los albergues en la ribera—, sacaban lo suficiente para vivir. Además, se habían erigido en dueños de todo lo que arrastraba el río, y se lo repartían sin discusión. A veces, era Zacarías el que salía a perseguir, en una canoa destartada, una hilera de naranjas podridas que hacía rodar el remolino de las olas. Otras, era Gregorio el que corría tras unas latas de conservas decomisadas que pasaban flotando, aguas abajo.

Cuando los pensionistas escaseaban y solo cruzaba por el río una procesión interminable de camalotes, ellos ascendían la barranca y se largaban a deambular, en busca de algo, por las calles planas de la ciudad. Se les veía entonces caminar uno en pos de otro, balanceándose torpemente, como si las aceras estuviesen llenas de obstáculos.

En esos días de angustia y de crisis, Zacarías vendía «anillos de oro», que Gregorio forjaba con bastante ingenio. El procedimiento no podía ser más simple. Tomaban una antigua moneda de cobre del año 1898 y la hacían aplastar varias veces por las ruedas de un vagón. Luego la agujereaban; hacían desaparecer las dos últimas cifras, y entonces no faltaba algún incauto que tomase aquel metal lustrado por oro legítimo, pagando por el anillo lo que el anillo no valía.

Esta manera de entenderse en todos los asuntos de la ribera no hacía desaparecer el rencor que mutuamente se profesaban. El odio había nacido entre ellos por el amor de una mujer que primero fue amante de Gregorio, y después pasó a ser amante de Zacarías. «La cortada», apodada así por un tajo que le cruzaba el rostro como una cinta escarlata, tenía más de treinta años. Poseía un cuerpo cimbreante y un alma dañina. Era ligera y vivaz y provocaba a los vagabundos, buscando excitar los celos de «su hombre» para que se enredase a palos con ellos. Cuando terminaban las refriegas, que se producían con frecuencia, se sentaba en una de las bandas de la barca y, haciendo balancear sus pies en el vacío, entonaba una canción canallesca.

Expulsada de todas las mancebías, «La cortada» había caído entre aquella escoria, y ahora estaba empeñada en azuzar el odio de los vagabundos. Pero Zacarías y Gregorio siempre se contenían en los momentos decisivos, y en las horas de peligro se unían como hermanos para defender sus vidas y sus posiciones.

Dos hechos, que pusieron a prueba el valor de ambos, contrastaban con el rencor que se tenían. Una mañana Zacarías, que había salido en busca de un ahogado, con el propósito de registrarle los bolsillos o quitarle la ropa para luego usarla o venderla, estuvo a punto de perecer, a causa de que su canoa se llenó de agua y no podía sacarla de la corriente rápida del canal. Gregorio, que contemplaba la escena, y que era un diestro nadador, se tiró al agua y a duras penas logró salvar a Zacarías de tan crítica situación. Días después, en momentos en que un vagabundo se disponía a clavar su cuchillo en la espalda de Gregorio,

Zacarías intervino con tal rapidez, que el agresor quedó en el suelo con la cabeza partida de un garrotazo.

Al amanecer, Gregorio expulsaba a sus pensionistas de la barcaza y Zacarías los ahuyentaba de su gruta. Los hombres salían lentamente, restregándose los ojos, y luego ascendían por los senderos de la barranca. Iban de dos en dos y caminaban con lentitud, como si la luz de la mañana los hubiera deslumbrado y llevaran los pies trabados por barras de hierro.

A esa hora «La cortada» se complacía en avivar la pasión de Gregorio, quien durante el tiempo que vivió con ella la había querido con amor salvaje. Semidesnuda, saltaba de un lado a otro, como buscando un pretexto para levantar las piernas y enseñar las pantorrillas. Gregorio tomaba mate a la puerta de su cueva y se esforzaba en mostrarse indiferente; pero la provocación se hacía tan insistente que concluía por exasperarlo. Sus ojos relampagueaban de odio y de lujuria. Finalmente, decía en voz alta:

—¡Está bueno con la...! ¡Qué se habrá creído! ¡Puá! —Y escupía contra la banda de la barca—. ¡Hembras como esa!

Ella extremaba entonces su descaro. Acechaba a su ex amante para salirle al paso y, rozándole como al descuido, continuaba después la marcha, haciendo al andar un movimiento provocativo con las caderas. En esos instantes él temblaba, apretando los dientes para evitar el tropel de injurias. A veces, cuando Gregorio se paseaba por la orilla del río o estaba en atento, avizorando la lejanía en espera de algo que trajera la corriente, ella iba en busca de agua. Estudiaba una actitud excitante, y en el momento de doblar el busto sobre las aguas, dejaba ver los senos por el corpiño entreabierto.

—¡Grandísima! —murmuraba Gregorio, y se alejaba mascullando mientras subía el sendero de la barranca—: ¡La cosa va acabar, gran siete, cuando le meta fuego a esos palos podridos!

Una vez en la cima de la barranca, contemplaba con rencor los restos de la barca, imaginando las más crueles venganzas.

Un día, al amanecer, Gregorio acudió a la barca para ayudar a su compañero a «matar chinches», pues los vagabundos tuvieron algunas diferencias en el reparo de una ratería y se pelearon. Hubo necesidad de separarlos como ellos solían hacerlo.

En el fondo oscuro de la barca la confusión era terrible. Los hombres, encimados, trataban de evitar el castigo de Gregorio y Zacarías. «La Cortada» se asomó a presenciar la refriega. La lucha la embriaga, y todo su cuerpo, cubierto apenas con un chal raído, que le llegaba a la altura de la rodilla, temblaba felinamente de placer. Gregorio, al ver aquella mujer que había sido suya y que ahora, impúdica y elástica como una gata, lo excitaba con tanta insolencia, sintió que algo oscuro y sin nombre se derrumbaba dentro de su alma. Un odio feroz le ensombrecía el cerebro, y entre el tumulto de piernas agitadas y de brazos suplicantes, su garrote

caía y caía, pegando sin piedad, y acompañando los golpes con alaridos, que repercutían extrañamente en el silencio del alba.

Calmada ya la gente, Gregorio se retiró, recostándose a la entrada de su gruta. Silencioso y sombrío escupía a cada rato, carraspeando con fuerza como si tuviese un reguero de nicotina en la garganta. Por su parte, Zacarías se sentó sobre la banda de la barca.

La barranca proyectaba una enorme sombra azul sobre la superficie del río, y la claridad naciente envolvía los despojos de la barcaza. Gregorio miraba, a veces, el fondo de su gruta, y en otros momentos dejaba errar la mirada por las islas lejanas, cuyos perfiles se destacaban vigorosos sobre el fondo cada vez más resplandeciente del este. De pronto, se encaró con su vecino y le dijo resueltamente:

—¡Es la última vez que me meto a «matar chinches» en tu guarida! ¿Entendés?

Zacarías clavó su mirada rencorosa en los ojos de su vecino y contestó:

—¡Ta güeno! ¿De ande te viene esa comezón? —Y después de una pausa agregó con sorna—: ¿Miedo?

Gregorio tardó en contestar. Miró el palo que aún empuñaba. Volvió a contemplar las islas lejanas y repuso con acritud:

—¡No quiero defender esa inmundicia!

Desde el fondo de la barca salió la voz de «La Cortada», que cantaba una copla de sus días de burdel.

Gregorio completó su pensamiento:

—Sí, esa inmundicia que te la pasé por haberle agarrao asco...

Zacarías se encogió como una fiera dispuesta a embestir:

—¡Mentís, desgraciao! —gritó.

Y rápidamente descendió de la barcaza. Frente a frente, los dos hombres vacilaron un momento. Algo oscuro e inexplicable los contenía; pero la voz de «La Cortada» los enfurecía más y más, hasta que los garrotes se alzaron en lo alto. La lucha fue breve. Zacarías cayó al suelo con el cráneo partido, chorreando sangre.

Entonces a Gregorio se le ocurrió una idea diabólica. Con una sogá rodeó el cuello de Zacarías y lo dejó caer en el vacío de la barranca, sin soltar el extremo del lazo. Luego se encaramó a la barca. Una vez allí llamó a grandes voces a «La Cortada» y le explicó que Zacarías se había apoderado de un cajón que venía flotando y que ahora lo tenía atado allá abajo. Por eso la había llamado. Quería que ella le ayudase a subirlo. Le decía todo esto ofreciéndole el extremo de la sogá y esforzándose por aparecer tranquilo. Pero como ella dudase aún, el hombre se asomó al filo de la barca y gritó al vacío:

—¿Tiro?

En seguida le dio la sogá a «La Cortada». Ella se colocó al lado de él, y los dos

empezaron a tirar de la cuerda. A cada envión ella exageraba los movimientos para rozar sus caderas con las piernas del hombre. Por fin, se detuvo un instante, recostándose sobre el cuerpo tembloroso de Gregorio. Luego exclamó fatigada:

—¡Pesa, diablo!

—Sí, debe ser algo bueno —replicó el sombríamente.

Y, por último, a través de la claridad fría del alba, apareció la cabeza destrozada de Zacarías. «La Cortada» lanzó un grito de espanto e intentó huir; pero Gregorio la aferró de un brazo, gritándole:

—¡Besa a tu hombre, bestia, bésalo!

Y tomándola de la nuca le hacía aplastar la boca contra los dientes del muerto.

Abajo, junto a la barca, el río seguía arrastrando la monótona corriente de sus aguas.

CARBÓN

No; hasta nosotros no llegaba ese cielo de un azul luminoso y profundo que veíamos a ratos en la lejanía serena y triste. Había solo una gran mancha negra suspendida en lo alto. Eso si mirábamos hacia arriba, pero si mirábamos hacia abajo también estábamos rodeados por círculos negros. Las murallas de carbón se alzaban por todos lados y los buques sucios, arrimados unos a otros, impedían ver bien lo que sucedía en tierra. Allá lejos refulgía el río contrastando con estas aguas ennegrecidas y aceitosas que golpeaban pesadamente la línea de flotación de los barcos y llenaban de escoria el pie de la barranca.

Aquel fragmento de cielo rayado por cuerdas y mástiles era lo único que quebraba la monotonía desesperante y negra que nos rodeaba. Sobre él, la silueta de un obrero resaltaba como una figura recortada en zinc. Su voz recia, casi dramática, iba regulando los movimientos del guinche:

—¡Iza! ¡Arrea! ¡Espacio!

Desde el fondo del buque surgían entonces canastos repletos de carbón. La carga se balanceaba un instante en el aire, hasta que el obrero, empujándola, la hacía rodar por un cable tendido hacia tierra. Por la boca de la bodega, durante ocho horas diarias, aparecían y desaparecían los canastos. Una garúa negra, como flotando en el aire, ensuciaba todas las cosas. El interior de la bodega era tan oscuro que la luz de las lámparas eléctricas apenas abría una hendidura amarillenta entre las tinieblas.

De los siete hombres que trabajaban en ese agujero, tan solo dos de ellos habían logrado despertarme simpatías: un catamarqueño alto y recio, y «Pulguita».

«Pulguita» era un muchacho que contaba escasamente dieciocho años de edad. Desempeñaba los trabajos más livianos: enganchar los canastos, traer o mover la cuerda para que retirasen la carga. Tosía a menudo, y su rostro fino y alargado ofrecía el aspecto inconfundible de su enfermedad. Llegó un día ofreciéndose al contratista para desempeñar cualquier tarea, y desde entonces trabajaba en la bodega, soportando nuestras bromas, brutales como la vida que llevábamos en ese infierno. Cuando un acceso de tos lo hacía tomarse de las cuerdas que transportaban la carga, doblándose con violencia, solíamos decirle:

—¡Mirá que te vas a morir «Pulguita»! Mejor que volvés allá...

«Allá» era una barriada donde los ranchos torcidos y sucios se alineaban en una vecindad repulsiva. Las mujeres que los habitaban eran, en su mayoría, prostitutas, y los hombres, pendencieros y haraganes, hacían todo lo posible para vivir a tono con semejantes mujeres. A ese conjunto de casuchas se le denominaba «La luz mala». De ahí había venido «Pulguita».

Antes de tomarlo a su servicio, el contratista, como hacía con todos, le preguntó cuál había sido su ocupación anterior.

—Ninguna —repuso el muchacho.

—¿Y de dónde diablos saliste, entonces?

—Y... de «aya» —contestó, señalando hacia los ranchos de «La luz mala».

«Pulguita» era diligente e hizo lo posible por captarse la simpatía de todos. Al iniciarse en las tareas, parecía no estar enfermo; pero, semanas después, la tos lo hacía doblar en cualquier rincón. Decía entonces para justificarse:

—¡Que lo... está bravo el polvo!

O bien:

—El resfrío no me deja ni en broma.

A lo que generalmente se le respondía:

—¡Andate allá, «Pulguita», mirá que te vas a morir...

Los días de mucho calor el interior de la bodega era insoportable. Andábamos completamente desnudos entre las tinieblas que nos circundaban. Las partículas de carbón nos punzaban la piel y el sudor nos producía una comezón intensa. Trabajábamos irritados, en silencio, hundiendo la pala con rabia en las pilas negras, y si alguien hablaba era para decir una mala palabra. En esos momentos el desdichado «Pulguita» pagaba las consecuencias de nuestro malhumor, y hasta el hombre de arriba le lanzaba sus injurias. El único que no lo maltrataba era el catamarqueño. Le decía simplemente:

—Agua, «Pulguita». —Y al terminar de beber, añadía—: Gracias.

Nosotros, en cambio, cuando le devolvíamos el jarro, se lo tirábamos al rostro, diciéndole:

—¡Abarajá, desgraciao!

La novia de «Pulguita» era una muchacha rubia y animosa. No obstante su frágil constitución, demostraba tener una extraordinaria resistencia, pues se venía desde la ranchada de «La luz mala», atravesando bajo el sol quemante de enero un camino pedregoso que le dañaba los pies. No bien llegaba a la zona carbonera, tendía un repasador sobre un trozo alisado de hulla y en un plato de latón le servía la comida a su compañero. Luego, tomaba asiento sobre una pila de carbón, y allí esperaba pacientemente la salida de los trabajadores.

Desde que ella comenzó a traer la comida, venciendo la resistencia de «Pulguita», que por nada quería que nosotros la conociéramos, se mezcló entre los hombres con la mayor naturalidad. Ellos, por su parte, al principio ni la tuvieron

en cuenta, y después de comer se tumbaban a dormir sin ningún miramiento.

A «Pulguita» le inquietaban esas actitudes e invariablemente le decía a su novia:

—¿Sabés? No quiero que vengás mañana...

—¿Pero, por qué? —replicaba ella—. Dejame. Total... y de no, ¿cómo vas a ir hasta ayá, con este solazo?

Y al decir esto, asumía un aire tan dulce, que «Pulguita», aun temiendo las pullas de sus compañeros, no podía contenerse y le acariciaba el rostro.

A fuerza de verla todos los días, nos habíamos familiarizado con su presencia, y hasta nos agradaba contemplarla allá arriba, sobre la pila de carbón, en espera de su compañero. Su dulce seriedad nos impuso respeto, y al fin, la mayoría de los trabajadores corrigió su actitud, guardando cierta compostura delante de ella. Muchos se mostraban menos rudos y se esforzaban por parecer simpáticos en su presencia. Quizás despertaba entre los carboneros un sentimiento nuevo. También había logrado mejorar la situación de «Pulguita», pues si al principio nos permitíamos algunas bromas, después lo tratábamos con más tolerancia, y hasta con equidad.

«Pulguita» nos contó al catamarqueño y a mí sus amores con la muchacha. Elsa, como se llamaba, vivía en la ranchada de «La luz mala». Allí la conoció. Entonces él era un chico vagabundo que se ganaba la vida juntando huesos y robando lo que se le pusiese al alcance de la mano. Al influjo de ese cariño había sentido la necesidad de tomar caminos distintos, y por eso se decidió a trabajar en los buques carboneros. Según afirmaba, cuando se hiciese más fuerte y más práctico para las tareas que exigían las bodegas, ganaría con qué mantenerla y se casaría con ella, sobre todo para alejarla del ambiente turbio en que vivía.

—Está bien, «Pulguita», pero eso no es todo —había contestado el catamarqueño—. La bodega... la mujer... Si es eso solo, andate allá, como te dicen los otros, porque esto es más sucio y más negro que «La luz mala».

Y el catamarqueño habló largo rato a «Pulguita», que le escuchaba con sorpresa y admiración. Desde entonces se hizo muy amigo de la pareja, y con Elsa, a veces, después de comer, apartado de los demás trabajadores, sostenía largas y cordiales conversaciones.

Un día sucedió algo que nos reveló a «Pulguita» como un muchacho decidido y valiente. El sol ardía sobre los trozos brillantes de carbón. Encajonados entre aquellos gruesos murallones negros, contemplábamos el paisaje árido. Las bodegas inactivas mostraban sus bocas abiertas y sombrías. «Pulguita» y su novia se sentían alegres y reían jovialmente. Muchos de nosotros, en cambio, teníamos un humor agresivo, y maldecíamos del calor, que se tornaba más sofocante entre las pilas negras. Ante las bromas de «Pulguita» Elsa reía, doblando su cuerpo y echando la cabeza hacia atrás. Era la suya una alegría alocada que le hacía temblar las carnes mórbidas. Y de pronto ocurrió algo inesperado. Uno de

los trabajadores se acercó a la muchacha e intentó ponerle una mano en el cuello, pero antes de que lograra su propósito, «Pulguita» dio un salto prodigioso, le pegó una bofetada, y más rápidamente aún, con el mismo cuchillo que le servía para comer, mantuvo a la distancia a su adversario: gritando:

—¡Si atropellás te ensarto!

A «Pulguita» le relampagueaban con fiereza las pupilas. El carbonero vaciló un instante, mas luego reaccionó y, tomando una pala, la revoleó en el aire. Entonces intervino el catamarqueño y con una zancadilla hizo rodar por tierra al hombre.

La orden cundió rápidamente, andaba de un lado a otro: brincaba entre los bosques de mástiles, subía hasta los entrepuentes, se atornillaba por el hueco de las chimeneas y llegó también al lugar donde trabajábamos.

—Eh, muchachos, ¡paren! ¡Paren!, ¡paren!, ¡paren!

Al costado de los buques los remolcadores cruzaban fugazmente, lanzando breves alaridos. Poco a poco los ruidos del puerto cesaron, y como único vestigio de actividad quedaron los penachos de humo, que se doblaban indolentemente sobre el cielo, ahora limpio y azul.

En la playa, llena de sol, un grupo negro gesticulaba. De sus entrañas surgió después una figura retinta, y alzando el puño lo agitó en el aire.

—¡Compañeros! —Las cuatro sílabas vibraron en la mañana diáfana.

—¡Chits! ¡Chits! —pronunciaron algunos demandando silencio.

—¡Compañeros! —repetió la misma voz.

Por las pilas de carbón comenzaron a trepar los que recién habían abandonado las tareas. Estaban tan sucios que a la distancia se les hubiera confundido con los trozos de hulla.

El puño del orador martilleaba insistentemente el aire, haciendo flotar la manga de la blusa como una bandera negra. Por la avenida costanera aparecieron los soldados; del grupo de hombres partió un murmullo y la voz del orador se tornó más fuerte, como si de ese modo intentase dominar el sobresalto que produjo la aparición del piquete. Un oficial les impartió la orden de salir de los límites del puerto, pero los trabajadores respondieron con dos o tres gritos hostiles. Luego hubo un silencio más hostil todavía. Después sonó un clarín. La huelga parecía iniciarse con el mismo carácter violento de los hombres que la auspiciaban.

La noche era tormentosa. Gruesas nubes se echaban sobre las murallas de carbón. Íbamos, entre otros, el catamarqueño, «Pulguita» y yo. También Elsa seguía a su compañero. Una vez dentro del puerto iniciamos el avance, pegándonos a las

pilas negras. Por momentos, los relámpagos iluminaban la tierra, descubriendo la panza enorme de los buques. Los truenos retumbaban con violencia y desde lejos nos llegaban ruidos extraños que nos sobrecogían. Caminábamos como animales espantados, con el cuello duro, tratando de adivinar las operaciones de los soldados que vigilaban la zona portuaria. Avanzábamos unos pasos y nos deteníamos más de cinco minutos, a la espera de que se produjera algo que presentíamos. Además, «Pulguita» nos producía continuos sobresaltos, pues de vez en cuando la tos le atacaba, y tenía que apretar su boca contra el pecho de Elsa.

No puedo precisar con exactitud cómo nos descubrieron. A veces, cuando lo recuerdo, pienso que fue una traición de nuestros compañeros. Tengo sí, de aquella noche, una visión espantosa. Lo cierto es que a punto de llegar donde nos habíamos propuesto, nos recibieron con una descarga cerrada. Solo pude ver que los que iban a la vanguardia se tambalearon, quejándose sordamente. Recuerdo cómo el catamarqueño, que marchaba a mi vera, alzó los brazos en alto, luego se ablandó como un muñeco de aire y exclamó:

—¡Hermano! —Y cayó apuntalándose con la frente en una pila de carbón.

Hubo una espantada general.

A la luz repentina de un relámpago pude ver que Elsa, cobijada por las sombras que proyectaban las moles de carbón, huía llevando a cuestas a «Pulguita». Me acerqué y le dije:

—¡Elsa!... ¡Elsa!... ¡Soy yo... no se asuste!... Cortemos por aquí. —Y nos metimos por una maleza, hasta dar con un boquete de la verja del puerto. Por allí salimos a la calle.

A «Pulguita» un proyectil le había atravesado el muslo y se quejaba débilmente, apretándose contra el cuerpo de Elsa. Ella me interrogó:

—¿Y usted no está lastimado?

—No.

—¿Y los otros? —interrogó con ansiedad.

—Vi caer a varios... No sé... No sé qué habrá ocurrido. Yo disparé —repuse avergonzado.

Ella no podía más. Estaba tan abatida que la emoción la rindió. Apoyada contra un muro, sosteniendo a su novio herido, dobló su cabecita rubia y empezó a sollozar con dulzura.

—No nos detengamos, Elsa, que pueden sorprendernos —le dije—. ¿Dónde llevamos a su novio?

Era la primera vez que lo designaba de ese modo, y ella pareció agradecerme, pues, serenándose, dijo con ternura:

—«Allá».

Pero, «Pulguita» teniendo vergüenza, quizás, de que yo conociese su guarida en «La luz mala», me pidió:

—Pero usted no venga, porque puedo caminar.

—Sí, quédese —agregó ella, interpretando los deseos de su compañero, y se fueron. Ella, con «Pulguita» a cuestas, marchaba como si llevase una barra de hierro en la nuca. Era, sin disputa, una muchacha animosa y valiente.

Yo quedé solo, en medio de la noche borrascosa y negra.

Sin embargo, fui. La barriada de «La luz mala» estaba llena de encrucijadas tenebrosas. Aquí y allí los ranchos sucios se retorcían caprichosamente. A trechos se distinguían algunos sauces raquíuticos que se empinaban sobre la calle. Me costó mucho trabajo conseguir la dirección de «Pulguita». Cada vez que me acercaba a una de esas viviendas, después de sostener una verdadera batalla con los perros, recibía la misma respuesta vaga.

Pero, a fuerza de preguntas, finalmente, conseguí orientarme. La casa de «Pulguita» estaba situada en el recodo de un camino, cerca de un pantano, en cuya superficie se había formado una lapa rugosa y espesa. Bordeé una muralla de tunas espinosas que protegía la casa, y entré.

Salió la madre de «Pulguita» a recibirme. Era una mujer vieja, que caminaba con dificultad. Por la manera de andar y de expresarse, supuse que estaba borracha. Su recibimiento fue cordial. Me hizo entrar en una habitación estrecha y baja, de paredes toscamente revocadas y llenas de grietas. Una gran cama cubierta por cobijas pardas casi ocupaba toda la pieza. Allí se sentó la vieja, semioculta en la penumbra. Yo me senté sobre un gran baúl. Se interesó por mi salud. Me hizo algunas preguntas sobre la huelga, en un tono que se esforzaba por hacer amable. De pronto dijo:

—M'hijo ya casi camina... ¿Sabe? ¡No será por lo que le han ayudado los compañeros! —y recalcó esta última frase significativamente.

Me extrañó ese cambio de actitud y balbucí una excusa:

—Señora, nosotros también...

—¡Qué señora ni qué diablos! Ustedes son... ¿Quiere saberlo? —Y levantándose, vino hacia mí, poniéndome muy cerca su rostro amoratado—. ¡Ustedes son unos desgraciaos! ¡Eso! Antes m'hijo estaba bien. Robaba, sí... ¿Y d'hay? Robaba, pero no abandonaba a su madre, ni andaba sucio, ni escupiendo carbón y sangre. ¿Entiende?

Las pupilas húmedas de la vieja destilaban odio.

—¡Yo le enseñé a robar! —prosiguió vociferando—. ¿Y qué? Ustedes a qué le enseñaron. ¿Digan? ¿A qué? ¡A que lo corran como a perro guacho y le baleen las patas! ¡Eso!

Ahora se había erguido y caminaba dando zancadas. Sus salivazos se hacían cada vez más agresivos y sus gritos, cada vez más fuertes. Debieron ser escuchados en la vecindad, porque pronto un racimo de caras hoscas me inspeccionaba severamente por las ventanas del rancho.

La vieja se paró frente a mí y, señalándome al grupo, empezó a gritar:

—¡Véanlo, al mosca muerta! ¿Saben lo que ha hecho? ¡Ha echao a perder a m'hijo! ¡Sí, a mi «Pulguita», tan bueno! ¡Este crápula ha hecho esto! —Y gimoteaba en una manera ruidosa, tirándose de los cabellos.

Frente a tales acusaciones ya no sabía qué hacer y traté, por lo menos, de disculparme ante los que contemplaban la escena. Dirigiéndome a ellos intenté expresarme lo más cortésmente posible; pero un muchachón de ademanes provocativos me insultó:

—¡Cállese! —dijo, y dirigiéndose a los demás, agregó—: Este debe ser policía.

Afortunadamente llegaron «Pulguita» y Elsa. El muchacho cojeaba y tenía que apoyarse sobre el brazo de su compañera. «Pulguita» se sentía cohibido y miraba alternativamente a la madre y a la multitud de curiosos. Elsa, más resuelta, vino hacia mí y me tendió la mano. Pero la madre de «Pulguita», de un salto, se interpuso y comenzó a pegarme y a escupirme en el rostro. A duras penas lograron sacarme de las garras de la vieja, que gritaba:

—¡Han disgraciao a m'hijo! ¡A m'hijito querido! —Y sollozaba, tratando de abrazar a «Pulguita».

Cuando salí del rancho, empujado por Elsa, la luz del crepúsculo revestía de cierto encanto aquel paisaje lastimado y sucio. Me sentía abatido.

—¿Por qué vino? ¡Le ha hecho tanto mal a él!... —me decía después Elsa mientras caminábamos.

Después de treinta días de paro forzoso, los hombres volvieron a sus tareas. Las tragaderas de los buques, que se alineaban a lo largo del muelle, tornaron a vomitar cestos de carbón. La garúa negra volvió a cernirse sobre todas las cosas, y de nuevo, durante ocho horas diarias, se oyeron los gritos del hombre que regulaba los movimientos del guinche.

En la bodega donde trabajábamos se había reemplazado al catamarqueño por un griego bastante borrachín. Llevaba en el bolsillo trasero del pantalón una botella plana, llena de caña, de la cual, continuamente bebía. En ocasiones se la ofrecía a «Pulguita», diciéndole:

—¿Querés curarte, «Pulga»? Tomá de este remedio. Quema, si... pero te mata los mi... mico... esos bichos...

Otra vez, en el trabajo, los hombres tornaban a ser agresivos e impúdicos. La palabra «compañero», que circulara tanto en las reuniones y que hasta el mismo «Pulguita» había escuchado con deleite, no se pronunciaba más. Todos volvimos a tratarnos como enemigos, y por cualquier insignificancia nos llenábamos de insultos. Nuevamente tornamos a ensañarnos con «Pulguita», a quien, por causa de la renguera ocasionada por el balazo, lo hacíamos objeto de pesadas bromas.

«Pulguita» trataba de seguir las, sonriendo forzosamente; pero a veces un resplandor de odio asomaba en sus pupilas, y se desquitaba con la sogá, sacudiéndola con violencia y gritándole, como si fuera una persona:

—¡Aflojá, roña! ¡Aflojá!

Aquella mañana de febrero las chapas parecían caldeadas. El polvo y el sudor relajaban nuestros músculos, y era tanto el deseo de tirar las palas y abandonar el trabajo, que a cada rato preguntábamos al hombre de arriba si faltaba mucho para terminar la tarea. La sed nos devoraba y nada era suficiente para saciarla. Repetidas veces «Pulguita» fue hasta el boliche a llenar la botella del griego; por eso todos estábamos algo borrachos.

Ocurrió la tragedia sin que nos diéramos cuenta. «Pulguita», sorprendido por la tos, se tomó de las cuerdas que conducían la carga, y en momentos en que uno de nosotros le decía: «Mejor que te vayás allá “Pulguita”»..., un chillido de espanto y de muerte se hincó en las tinieblas. A «Pulguita» lo llevaba prendido en la blusa el gancho de transportar los canastos.

Ya a la luz del sol, lo vimos un instante agitarse en el aire, como una araña monstruosa, y luego caer hacia el fondo de la bodega. Sentimos todavía que un grito más agudo vino desde la pila de carbón.

Cuando lo recogieron de entre los escombros negros, tenía la espina dorsal quebrada.

TRES CUENTOS DISTINTOS

Para Olga Amalia, Abel Lelio y Liliana.

LA MADRE

Hace frío y escasos transeúntes cruzan la calle. Como todas las noches, ahora Pedro está sentado en el umbral del zaguán. A veces eleva los ojos y contempla el cielo cubierto de estrellas. Otras, en cambio, mira hacia el interior de la casa, donde las sombras del patio se cortan bruscamente por la luz que proyecta el comedor. El haz luminoso parece una pantalla cinematográfica. Dos figuras lo animan; dos figuras que aparecen, huyen, se unen y gesticulan. Son tan variados los movimientos de las siluetas, que por observarlos Pedro olvida un instante su desdicha y sigue atento los contornos de las sombras. Finalmente, los ojos se le llenan de lágrimas y cuando alza la vista, ve las estrellas desformadas y con largos reflejos prolongados hacia el infinito.

La madre de Pedro se asoma un momento al zaguán, y dice en tono cariñoso:

—Pedrito... Pedrito... ¿No tenés frío? ¡Vení; acostate...! ¡Qué gusto de estar así, Dios santo! Mirá que mañana tenés que levantarte temprano y después rezongás.

Él no tiene tiempo de contestarle, porque ella lo ha dicho todo de prisa, y luego, sin esperar respuesta, ha regresado al comedor, y de nuevo, sobre la superficie ocre de luz, las sombras gesticulan.

Mientras pasan las horas, Pedro piensa mil cosas distintas. Su fantasía gira y gira vertiginosamente, como el movimiento de una polea. Pero lo que más embarga su pensamiento es el taller de fotograbados donde trabaja. La vida allí es monótona hasta la desesperación. Todo el día se está envuelto por una claridad pálida, que viene de una claraboya empotrada en el techo. La luz agresiva de los focos ciega la vista. Además, siempre se siente un olor de éter, con el cual aún no ha podido familiarizarse. Tampoco soporta el chirrido de la sierra mordiendo las láminas de cinc. Pero lo que más lo tortura es el sueño; un sueño que lo hostiliza y lo persigue sin darle tregua. Es algo pegajoso, que se adhiere a todo su cuerpo, que le acecha desde todos los rincones, para venírsele encima al menor descuido. El martirio es tan agudo que hasta materializa la imagen del sueño: un animal zarposo, de pupilas relucientes, que atisba desde las sombras. Y cuando él, de pie o sentado, inclina la cabeza vencida, la voz del oficial lo sacude:

—¡Pedro, mové la cubeta! ¡Recortá la plancha! ¡Traé ese negativo! ¡Eh, Perico, se te van los bueyes: da ácido!...

El oficial, aunque grita, es un buen hombre. Jamás da una orden en tono irritado. Pero Pedro, quizás por su mismo cansancio, le guarda una secreta y profunda antipatía.

Al atardecer, a punto de terminar las tareas, cuando precisamente debiera sentirse más contento, se apodera de Pedro una vaga inquietud. El malestar se acentúa de regreso a su casa. Y después de la cena, lo abrumba toda la infelicidad de su vida. La sobremesa es breve. La madre monda una manzana, entreteniéndose luego en hacer números con la cáscara del fruto. El padre se apresura a tomar el café, resoplando sobre la superficie del líquido, mientras exclama:

—¡Caramba, qué tarde se me ha hecho!

Y el amigo, que noche a noche visita la casa, reclinado con indolencia en el sillón, invariablemente responde:

—No, si tenés tiempo.

Todavía en el umbral de la puerta, enfundándose el sobretodo, el padre interroga:

—¿Vos no venís?

Y anticipándose a la negativa, se retira sin escucharlo. Pedro, entonces, sale tras del padre. Se detiene un instante en la acera y le ve alejarse. Se sienta luego en el umbral a esperar las horas. Allá, en el patio, la luz del comedor tiembla como un pensamiento retorcido y misterioso.

Pedro ama las noches tormentosas, cuando la lluvia repiquetea en los cristales y el patio se llena de ruidos extraños y los álamos gimen heridos por el viento. Dentro de las habitaciones todo es entonces plácido y confortable. La madre, junto a la máquina, hace correr la costura, y la luz pone destellos en la rueda y un nimbo en sus cabellos rubios. El padre arrastra las zapatillas. También arrastra su aburrimiento. Anda de aquí para allá. Toma una cosa, para dejarla en seguida. A veces, por hacer algo, mastica un pedazo de pan, en tanto observa por la ventana la lluvia, que cae sin tregua. Luego dice enconado:

—¡La pucha, cómo cae! Esto no lleva miras de parar...

Pedro esas noches se acuesta temprano. Bajo las cobijas se adormece feliz, arrullado por la música familiar. Si a él le hubieran enseñado a creer en Dios, le pediría sencillamente:

—¡Dios mío, yo seré bueno; pero hacé llover todas las noches!

Ahora, como siempre, un vago desconsuelo le atormenta. Se cansa de mirar la misma perspectiva llena de luces. Y sin proponérselo, razona como un filósofo. Piensa que su vida es como esa calle recta y lisa que contempla y que pisotea todo el mundo. Pero en realidad, ¿quién le hace daño? ¿Quién ha tenido intención de hacerle mal? Piensa en todo eso y sus ideas van y vienen, en mareante confusión.

En la esquina, bajo la luz amarillenta que proyecta el foco eléctrico, sus amigos se hallan sentados en rueda. La pandilla, al pasar frente a su casa, le invitó ruidosamente; pero él rehusó con terquedad, sin dar explicaciones. Cuando sus amigos se alejan, recuerda con tristeza que él era el primero en todas las diabluras. Y recuerda, también, que más de una vez su audacia le costó caer en manos del vigilante.

La mayoría de los muchachos no puede darse cuenta de por qué permanece sentado ahí, como un marmota, y lo acorrala a preguntas. Pero uno de ellos, quién sabe con qué aviesa intención, le dice, mirando oblicuamente hacia el interior de la casa:

—¿Y tu mamá?

—Está adentro —responde él sobresaltándose.

Y Pedro cree advertir que todos le miran significativamente y que al irse cuchichean entre ellos. ¿Por qué lo atormentan así?

Poco a poco, la calle queda desierta. Los ruidos de la ciudad se oyen cada vez más distantes. El eco de una campana señala las horas: las diez... ¿Hasta cuándo deberá esperar el regreso de su padre? ¿Cuánto tiempo durará aún la vigilancia que se ha impuesto?

Pedro recuerda que hace días su padre detallaba los pormenores de un crimen.

El protagonista fue un herrero, que sorprendió a su mujer en brazos de otro hombre. Con un hierro candente los quemó a los dos. Cuando los vecinos acudieron en defensa de las víctimas, hallaron en la pieza dos seres deformes, que gesticulaban sin poder articular palabra. Los diarios relataron el hecho con una crudeza desconcertante. Irritaban ciertos detalles. Pero el padre, lejos de indignarse, como comentario final, dijo satisfecho:

—¡Ha hecho bien, qué diablos! Cualquiera, en su caso, hubiera hecho lo mismo...

Pedro, al recordar las palabras de su padre se estremece. En esos momentos había observado el rostro de su madre. Ella, impasible, sin la menor sombra que alterase su plácida fisonomía, respondió:

—¡Vaya a saber la vida que pasaba ella!...

Pedro cuenta las campanadas, cuyo eco se alarga extrañamente en el silencio de la noche. Las doce... Ninguna figura mancha el trozo de luz volcado sobre las sombras del patio. Siente un cansancio enorme. En las tinieblas que se encogen en el zaguán, cree ver rostros agresivos, de pupilas abiertas por el espanto. Se tendería en el mármol para dormir un sueño del cual no quisiera despertar. Se ve de pronto en una pradera florecida. El césped es blando y la atmósfera vibrante. Se tumba sobre la hierba y se queda contemplando las nubes de borde escarlata que pasan y pasan. Ahora, advierte que de cada flor se desprende una mariposa, y son tantas que oscurecen el día. Luego, las mariposas se tornan en

unos animales fantásticos, de pezuñas puntiagudas, que lo embisten. El trata de huir, pero las bestias lo acorralan, y toma un hierro rojo para defenderse. Siente que le arden las manos y, por primera vez en su vida, invoca el nombre de Dios.

Despierta sobresaltado, sacudiendo la cabeza para ahuyentar la pesadilla. Lo que primero oye es la voz de su padre, dura, cortante, que parte desde el comedor. Un escalofrío de terror conmueve hasta sus fibras más íntimas. ¿Cómo no lo oyó entrar, Dios mío? Siempre tuvo tiempo de anticiparse a su llegada. ¿Y ahora? Sí... ¿Qué sucederá ahora? Se acerca al patio y trata de adivinar en el abanico de luz lo que ocurre dentro de la habitación. Supone que a ese breve silencio preñado de amenazas seguirá el crimen. Hasta por momentos cree adivinar en una de las siluetas la mano armada de su padre. Tres sombras inmóviles se graban en el patio; tres sombras que están fijas, en una dolorosa expectativa, como cuando se está inclinado en presencia de un moribundo.

Y ve Pedro al amigo, que sale de la casa, curvándose un poco, como las sombras que se le echan encima.

Luego todo queda envuelto en silencio. Pedro se retira cautelosamente a su cuarto. Se acuesta y escucha. En la pared del comedor se proyectaba la sombra de la cabeza del padre. Advierte, siguiendo los movimientos de la silueta, que está de codos sobre la mesa y con los dedos hundidos en la maraña de los cabellos. A veces, las manos descienden, apretando las mandíbulas. La madre debe estar tirada en el lecho. Llorará, sin duda, esperando el castigo. Ella, tan buena... ¿Por qué suceden estas cosas?, piensa Pedro; y un torbellino de ideas oscuras agita su alma. Siente algo misterioso, divino, y supone que es la voz sin sonido de Dios, que le habla desde el infinito.

El padre se ha levantado. Pasea de uno a otro extremo de la habitación. Se detiene un momento, mira el patio en sombras, y torna pasear. Finalmente, apaga la luz. En ese instante Pedro, sin querer, ha suspirado tan fuertemente, que el padre se acerca y le interroga:

—¿No dormís, Pedro?

Él no contesta, porque la pregunta le produce espanto. ¿Qué espera su padre para castigar? Pedro aguza el oído y abre los ojos, sondeando las tinieblas. Permanece mucho tiempo así hasta que, por fin, el sueño lo rinde.

Y a la mañana siguiente, la voz de la madre, más cariñosa, más blanda, le llama:

—¡Pedrito, Pedrito, levántate que es tarde!

El se incorpora sobresaltado. Su primer pensamiento es para lo sucedido la noche anterior. Pero observa en la casa un ambiente tan tranquilo, que está por creer que todo fue una pesadilla. Se viste de prisa, acicateado por un loco deseo de andar por las calles inundadas de luz. Al cruzar el comedor se encuentra con su padre, no puede soportar su mirada y rehúye la conversación con él. Sale a la calle y todo le parece nuevo, como si por primera vez recorriese la ciudad.

Hasta las mismas sensaciones que experimenta tienen un encanto extraño. En el taller, esos sentimientos se agrandan, y ya no es el sueño el que lo acecha desde los rincones, sino el rostro piadoso y dulce de la madre.

TERRONES DE AZÚCAR

—Sí, a usted le ocurre lo mismo que a mí. Nos agarramos a las apariencias, porque estamos indigestados de literatura y nuestro razonamiento obedece incondicionalmente a un patrón común. Se nos ha metido en la cabeza que lo clásico, lo que no falla, es que un hombre con tales o cuales condiciones deberá tener un exterior ajustado a las virtudes o a los vicios que se le hayan ido afincando a lo largo de su vida. Veá, frente a aquella mesa que está allá, solía sentarse un tipo, que desde que yo entré por primera vez a este café, me pareció sencillamente extraordinario. Tenía una manera particular de sentarse y también un modo extraño de mirar; me parecía que cuando alzaba la mano para tomar el pocillo o estiraba el brazo para pagar, lo hacía de muy distinto modo que los demás.

»La suya era una verdadera cabeza de pensador o de artista. Tenía una frente ancha y tersa como un paisaje invernal. Los cabellos indisciplinados se iban rebeldes hacia atrás, dando la sensación de que reclamaban los dedos nerviosos que los apretaban en las largas noches de vigilia. Cuando yo observaba todos sus movimientos, me convencía más y más, de que ese hombre debería hallarse en contacto con lo sublime, y que su espíritu con frecuencia estaría expuesto a las sacudidas violentas que solo es posible sentir al borde de las grandes cimas. ¿No le ha sucedido desear ser alguien que no es usted? Eso nos ocurre con frecuencia. Muchas veces hasta anhelamos ser ese jugador de fútbol, que goza con la sonrisa de los cuatro babyes que lo admiran. Claro, por lo general volamos más alto. Veá, cuando yo entré en el café, al verle, sabiendo cómo piensa, tuve la impresión de que usted era el mariscal Timoshenko y que en ese momento le estaba dando una gran paliza a los ejércitos alemanes. Ya sé que no me lo va a decir, porque esa intimidación avergüenza; pero sé que al pensar en los ejércitos rusos e imaginarlos a través de la intrincada maraña de la información telegráfica, usted no se transforma en un honrado e infeliz mujik, que va al campo de batalla para que lo agujereen las balas...

»Yo hubiera querido ser este tipo de quien le hablaba recién. Y tanto me atrajo ese ser, cuya sola presencia, al menos para mí, iluminaba el café, que me propuse averiguar qué clase de vida hacía. Bueno, asómbrese. Se trataba de un

pobre diablo. Y no crea que lo califico así porque vendía medias en una tienda para señoras, sino porque en realidad era un pobre diablo, de los pies a la cabeza y de la cabeza a los pies.

»En cambio, vea ese tipo que ahora entra. Obsérvelo cuando se haya sentado. ¿Qué le sugiere? No me responda; ya sé lo que va a decir. No le sugiere nada; absolutamente nada. Y es cierto; pocas veces podrá verse un exterior tan vulgar; tan horrorosamente vulgar y antipático. ¿Usted piensa con seguridad que esos ojos grises no habrán visto sino el mismo panorama? Y esa manera de mirar y hasta de parpadear. ¿No le hablan de un hombre acostumbrado a sentir siempre la misma voz de mando, dura y cortante, que lo ha humillado toda la vida? Observe bien; hágame el favor. Si hasta cuando viene el mozo parece que se intimida, como si estuviese en presencia del amo. Sin embargo, yo conozco un fragmento de su vida. Es algo tan terriblemente dramático que uno no encuentra las palabras precisas para dar la sensación de la realidad. Ese hombre opaco y tímido que ve ahí es un emigrado ruso. En 1917, cuando el aire caliente y tempestuoso de la Revolución hacía trizas el trono de los zares, él asumió la jefatura de la pequeña ciudad en que vivía. Vino la Contrarrevolución. Usted sabrá, por lo que ha leído, cómo las gastaban los rojos y los blancos. Tanto aquellos como estos sometían a los suplicios más bárbaros al que consideraban enemigo. Y se comprende. En una lucha entre dos mundos se deja poco espacio para las reacciones sentimentales. A ese hombre le coparon la plaza. La guarnición de soldados que la defendía peleó hasta lo imposible, pero no tuvo otro remedio que rendirse. Entonces él cayó preso con toda su familia. El comandante vencedor tenía necesidad de conocer informes acerca de los movimientos y planes de las tropas vencidas y, aparentemente, en retirada. Sabía bien que, en estos casos, las amenazas de muerte no significaban nada. Y lo sometió a una prueba de brutalidad sin nombre. A uno de los hijos del preso lo desnudó, lo acostó sobre una mesa y le puso en las manos un largo cuchillo afilado. Luego, le hizo alzar los brazos. Debía permanecer así hasta que se le cayeran vencidos por el cansancio. Esto significaba la muerte de su hijo. Sin embargo, si proporcionaba los datos que le pedían salvaba la vida de la criatura y la de toda su familia. El instante debió ser terrible. Con seguridad que la sala estaría cargada de gritos interiores, que son más punzantes y dramáticos porque quedan estrangulados en la garganta. El chico, con los ojos espantados por la muerte, miraba el cuchillo y también se horrorizaba ante el brillo metálico que despedían los ojos enloquecidos del padre. Su obstinado silencio mató al hijo y otro también corrió la misma suerte. Pero él y el tercero se salvaron, gracias a un oportuno contraataque y a la reconquista de la plaza por parte de sus compañeros de armas, lo que no habría sido posible si el preso hubiese proporcionado informes al jefe adversario. No, no haga consideraciones acerca de la brutalidad del hecho en sí, ni piense qué hubiéramos hecho yo o usted en casos parecidos.

Desde aquí, rodeado por este ambiente acogedor, es muy cómodo hablar sobre las situaciones ajenas; pero mire bien a ese hombre y dígame si usted lo imagina siendo principal actor de un trance tan dramático. La vida tiene mucho de esas cosas. Un caso personal. Una vez allá en Montevideo...

—Sí ya sé, me lo contó varias veces...

Cuando me quedé solo, entró un hombre que hacía tiempo me intrigaba. Tenía la manía de escamotearse los terrones de azúcar que los parroquianos no utilizaban. Con cualquier pretexto abandonaba el sitio en que se hallaba sentado, y luego, al paso, tomaba el terrón y se lo echaba rápidamente al bolsillo. Hacía la operación cuantas veces se le ofrecía la oportunidad. Su exterior no revelaba nada de extraordinario. Un tipo de esos hombres de ciudad, a los que uno está acostumbrado a ver todos los días. Solía ocupar una de las mesas que se hallaban próximas a las vidrieras. Desde ahí contemplaba el espectáculo cambiante de la calle; pero sin descuidar los movimientos del interior del café. Tenía una técnica realmente sutil para cometer sus pequeños hurtos. No bien un parroquiano abandonaba la mesa, él consultaba la hora, sacando de su bolsillo un abultado reloj. Luego se levantaba precipitadamente, iba hacia la mesa y se apoderaba del objeto codiciado. Hubiera querido tener frente a mí a alguien para que observara a ese hombre. Mis deducciones no tenían valor si no estaban confrontadas por otro que las analizase y discutiese. Aquel maniático me resultaba, a veces, sumamente encantador y, otras, me parecía de una sordidez detestable. Su bolsillo hinchado de terrones de azúcar me producía hasta un malestar físico. Observé que él tomaba su café totalmente amargo, pues en lugar de endulzarlo, se guardaba la porción de azúcar que le correspondía. Invariablemente, se retiraba al filo del mediodía; se retiraba de prisa, llevándose la gente por delante, y con el rostro iluminado por una intensa alegría. El muy canalla, yo pensaba, se lleva su buena cosecha...

Pero aquella mañana me propuse seguirlo. Quería saber dónde vivía. Tenía la seguridad de que por lo menos la fachada de su casa me daría algún indicio acerca de su persona. Anduve en su seguimiento un par de cuadras. De pronto dobló una esquina y observé que a los pocos metros un caballo daba vuelta la cabeza y trataba de subir a la acera. Entonces el hombre se detuvo; acarició la cabeza del animal y empezó a hablarle suavemente. No tengo la intención de exagerar la nota; pero hubiese querido que en ese instante, se hallasen también junto a mí algunas de las pocas personas que me leen y también, con seguridad, se hubiesen asombrado. La mirada de la bestia y la del hombre se identificaban en un mismo sentimiento. Nunca había visto mirar con tanta transparencia.

El hombre hablaba suavemente y el caballo fijaba en él los ojos como humedecidos de ternura. Él demoraba el momento de dar la golosina, por sentir sin

duda, la penetración conmovedora de la mirada de la bestia. Y cuando puso en la palma de la mano el terrón de azúcar, el caballo, antes de acercarse, rozó suavemente con la quijada los brazos que lo acariciaban. Dos o tres veces le ofreció el manjar, y luego se retiró. El caballo le vio irse, estirando el pescuezo para distinguirlo entre la gente que circulaba por la acera. El hombre siguió andando y más adelante repitió la operación. Esta vez con una pobre bestia famélica, uncida en las varas de un carro de mudanzas. Y así fue vaciando su bolsillo, cuya abertura me parecía ahora, poeta y sentimental al fin, una ancha sonrisa llena de esperanzas.

PÉREZ, ANARQUISTA Y REVOLUCIONARIO

¿Qué se habrá hecho de Pérez? He ahí una pregunta que nos formulamos con frecuencia cuantos hemos transpuesto hace ya rato los cuarenta años. En realidad ¿qué se habrá hecho de Pérez? Da tantas vueltas el mundo... Se olvida uno de tantas cosas bellas o malas, amadas o detestadas... Sin embargo, de Pérez no nos olvidaremos nunca. Lo recordamos en el ambiente cordial del café, en la calle, ante un rostro de vago parecido que nos revierte hacia el pasado, en nuestros paseos solitarios, en la intimidad del hogar, y hasta en las noches de insomnio, cuando cansados de contar ovejas nos calentamos en vano las pupilas de tanto abrir y cerrar los párpados.

Para recordarlo ahora debemos hacer historia. Una historia doméstica, completamente nuestra. Era en la época romántica del anarquismo. La palabra «compañero» tenía entonces un sonido metálico y estimulante. Las cuatro sílabas servían a manera de carta de presentación en aquellos sitios donde un par de obreros desocupados solía dirigir proclamas a los «trabajadores del mundo». En todas las asociaciones actuaban dos grupos: los intelectuales y los obreros. Aquellos hacían largas tiradas de versos tan incendiarios como malos, y estos condicionaban la literatura a su oficio. Así, el herrero escribía manifiestos donde abundaba el «yunque de la libertad» o el «martillo de la injusticia»; en cambio, el albañil usaba mucho «el andamio de la tiranía», «los puntales de la burguesía», y, por su parte, el zapatero se refería a «la lezna incisiva de la revuelta». Ya en el ocaso de este entusiasmo, se incorporaron a las filas algunos estudiantes de medicina, que aclararon su posición con un manifiesto en el cual «esgrimían el bisturí de la libertad» y «el escalpelo de la justicia». Pero Pérez... Pérez era sencillamente impagable.

Pérez era andaluz y repartía pan. Por la mañana se le veía conduciendo su jardinera. Pero por la tarde estribaba en el café, donde discutía con algunos intelectuales sobre temas de carácter económico y social, cuya profundidad solo él desentrañaba. Permanentemente calentaba bajo las axilas un libro de tapas sucias que nunca leía —La conquista del pan, de Kropotkine, o La ciudad futura,

de no recordamos qué autor—. Algo que lo distinguía mucho era su pañuelo. Tanto en invierno como en verano lo hacía durar meses y meses sin renovarlo. Con el tiempo llegaba a transformarse, de sucio que estaba, en un trapo de color indefinido. Sin embargo, le dedicaba una especial atención; lo alisaba amorosamente sobre la mesa, buscaba el ángulo más limpio y, luego de sonarse la nariz, le daba otro doblez y, finalmente, lo sepultaba en el bolsillo posterior del pantalón.

Pérez conocía las dependencias de la jefatura de policía con la misma familiaridad que su propia buhardilla, y su prontuario era, sin duda, el más voluminoso y raro del archivo. Había quienes afirmaban que el caballo que tiraba de su jardinera era tan educadito, estaba tan bien adiestrado, que apenas alguien trepaba al estribo, se ponía en marcha hacia la primera comisaría. Pérez nunca eludía la responsabilidad de ser un revolucionario de acción. Por el contrario, cuando tenía conocimiento de que el personal de Investigaciones andaba a la búsqueda de anarquistas, lejos de esconderse se exhibía en los sitios de mayor peligro. Y si la casualidad le mostraba a algunos de sus compañeros cuando eran conducidos presos, él, espontáneamente, se agregaba a los detenidos.

Una vez en el despacho del juez se le interrogaba, y entre el magistrado y Pérez se entablaba un diálogo de lo más pintoresco:

—¿Cómo se llama usted? —inquiría el juez.

—Renovación Solidario Pérez. —Se había cambiado los nombres de pila. En realidad se llamaba Inocencio Jesús.

—¿Cuál es su ocupación? —proseguía el juez.

—Luchar contra el marasmo pa desclavizar ar pueblo, «ungido» a la rueda de la desiguardá social. —Asociaba la imagen a las vueltas que daba su jardinera.

—¿Nacionalidad?

—Ciudadano del universo infinito.

—¿Es usted partidario de las huelgas?

—Sí, siempre que empiecen a tiros y terminen de la misma manera.

—Vea, señor Pérez... —insinuaba el juez.

—¡Compañero! —rectificaba él.

—... vea que se compromete.

—¿Ah, sí? ¡Bueno! —respondía dirigiéndose al secretario que escribía febrilmente—. Escriba usted, escriba usted. Soy partidario del atentado indivuá, de las huergas revolucionarias, de la destrucción del Gobierno. De que no solo en todas las esquinas, sino aquí mismito, en este mismito lugar, estalle una bomba. Escriba, escriba usted —insistía.

Y tantas catástrofes prometía, que el juez dejaba de interrogarlo y lo hacía conducir de nuevo al calabozo, donde después de algunos días se le ponía en libertad. Entonces, con el rostro radiante, se dirigía al corralón municipal a sacar su jardinera y su caballo.

Donde en realidad Pérez se significaba era en las asambleas. En ellas mostraba todo su dinamismo. Solía hablar horas enteras, sin importársele de que otros debían también hacerlo. Se cuenta que cierta vez, en que había necesidad de renovar las autoridades de la Casa del Pueblo —los anarquistas también tenían «autoridades»—, luego de perorar dos horas sobre el asunto, terminó diciendo:

—Lamento que disponga de tan poco tiempo, pué lo necesito pa cosas más profundas que esta de nombrá cuatro compañeros que ar final de cuentas se transformarán en tiranos. Sí, compañeros, en tiranos. En lógica consecuencia, propongo, para presidente, al compañero X, y para secretario al infrascripto, u sea sé: Renovación Solidario Pérez.

Pero cuando Pérez estuvo sencillamente épico fue en ocasión de un congreso obrero que se celebraba en Buenos Aires. Coincidió esta reunión con el centenario de nuestra independencia. Los porteños celebraban la fiesta con tal derroche de entusiasmo, que las calles de la ciudad presentaban un aspecto fantástico, sobre todo de noche, cuando miles y miles de bujías proyectaban sus reflejos hirientes.

Al Congreso habían concurrido numerosas delegaciones. En una de ellas, la de Rosario, figuraba Pérez, quien había anunciado este tema: «Los factores de la desigualdad social; sus causas, sus consecuencias presentes y futuras». Los organizadores de la asamblea estaban desconcertados, porque sabían el aguante de Pérez cuando desarrollaba un tema de tanta enjundia. Pero la alarma se hizo más aguda al advertir que aquel, encajado en un rincón, tras de una verdadera montaña de papeles, hacía anotaciones al margen de cada carilla. Luego de varias consultas, resolvieron hablarle. El más decidido se le acercó y le dijo:

—Vea, compañero Pérez: como después de usted varios delegados tendrán que hacer uso de la palabra, le rogamos que solo emplee en su exposición cinco minutos.

—¿Cinco minutos? ¡Nada más que cinco minutos? —contestó indignado Pérez— ¿Y toa esta labor? —Y enseñaba el alto de papeles.

—Es que...

—Bien; seré sintético ya que así lo queréis. Er tema de la desigualdad económica es vasto y sus consecuencias más vastas todavía; pero yo tengo también talento pa desarrollarlo en cinco minutos. Y dicho esto, con un gesto dramático rompió todas sus cuartillas.

Nadie sabía lo que diría Pérez. Se esperaba su turno ansiosamente. Cuando le llegó el momento, avanzó, situándose en medio de la escena. Miró un rato al público. Todavía dio unos pasos más y, finalmente, alzó la mano gritando:

—¡¡¡Una luz!!!

Hizo una pausa, para volver a gritar:

—¡¡¡Dos luces!!!

Otra pausa más larga todavía.

—¡¡¡Tres luces!!!

En el teatro se hizo un silencio espeso, casi dramático. Pérez volvió a gritar:

—¡Cien luces! ¡Mil luces! ¡¡¡Un millón de luces!!! ¡Y en vuestros hogares ningún miserable farol!

¡Ah, inefable Pérez! ¡Si todos hubiesen encarado los problemas como tú lo hiciste aquella noche, no tendríamos que lamentar esas horrendas indigestiones de literatura y filosofía! Alguien ha dicho, al recordarte (nunca falta un mal intencionado) que desempeñas ahora el puesto de comisario en no sé qué departamento de la provincia. Yo no lo creería, aunque te viera con el uniforme. En esta noche, mientras evoco tu recuerdo, te imagino más bien tocando el acordeón en un coro del Ejército de Salvación...

Índice

Prólogo	7
El pescador y el cuentista	10
Los ojos que no miran	13
La barca	17
El hombre que leía Kant	22
Municiones a bordo	27
Desde lo más hondo	32
Carbón	38

TRES CUENTOS DISTINTOS

La madre	47
Terrones de azúcar	52
Pérez, anarquista y revolucionario	56

Rodriguez, Abel

La barranca y el río. 1a ed. Santa Fe : Espacio Santafesino Ediciones, 2015.
E-Book. - (Relatos clásicos santafesinos)

ISBN 978-987-45658-8-4

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

Fecha de catalogación: 13/07/2015

Edición general del Proyecto Territorio y de esta biblioteca digital:
Secretaría de Producciones, Industrias y Espacios Culturales,
Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe.

© Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, 2016.

Selección de autores: Jorge Isaías

Coordinación y textos: Agustín Alzari

Investigación bibliográfica: Ernesto Inouye

Diseño: Verónica Franco y Martín Bochicchio

Corrección: María Laura Tubino, Diego Giordano y Carina Zanelli

Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe
San Martín 1642. Santa Fe (S3000FRJ)

ISBN: 978-987-45658-8-4

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

La colección *Ciudades, campos, pueblos, islas. Relatos Clásicos Santafesinos* está compuesta por una antología homónima en papel y una biblioteca digital con once libros fundamentales, que incluye, además de *La barranca y el río*, de Abel Rodríguez, los siguientes títulos: *Cuentos del comité*, de Alcides Greca; *Santa Fe, mi país*, de Mateo Booz; *Abalorios*, de Eduardo Carranza; *Aquerenciada soledad*, de Luis Gudiño Kramer; *Las 9 muertes del Padre Metri*, de Leonardo Castellani; *El camino de las nutrias*, de Gastón Gori; *Don Frutos Gómez, el comisario*, de Velmiro Ayala Gauna; *El taco de ébano*, de Jorge Riestra; *Los días siguientes y otros relatos*, de Lermo Balbi y *Las aguas turbias*, de Diego Oxley.

Un minucioso trabajo de cotejo con las primeras ediciones permite reencontrarse con los textos de estos autores clásicos tal como salieron a la luz originalmente. La colección traza, de esta manera, un inédito panorama de más de cuarenta años de narrativa santafesina con el foco puesto en las historias y los paisajes propios.